REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXV — San José, Costa Rica — **1932** — Sábado 24 de Setiembre — Núm. 12

Año XIV. No. 604

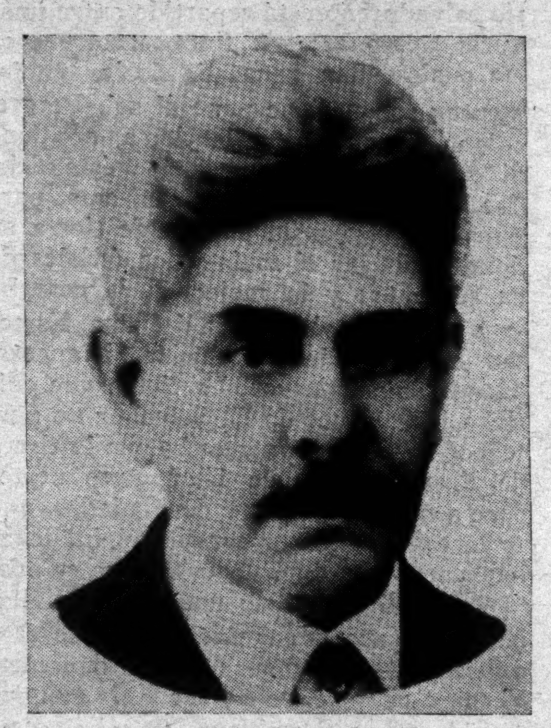
SUMARIO

El retrato que yo me he hecho de don Alberto Masferrer

= *Envío de la autora.*—San José de Costa Rica =

No conocí personalmente a don Alberto Masferrer. La primera vez que él estuvo en Costa Rica de profesor en el Colegio de Señoritas, era yo una chiquilla y cuando volvió en 1921, andaba yo fuera del país. Pero me sentía amiga suya y él se sentía amigo mío. De cuando en vez nos escribíamos y siempre que publicaba un libro me lo enviaba con una dedicatoria cariñosa.

Me lo describen así: un hombrecito pequeñito, delgado, de apariencia débil. Daba la impresión—me dicen—de que casi no pesaba. Sin embargo, cuando pienso en él, no veo una figura de líneas que se diluyen en la luz, sino un perfil de trazos que tratan de imponerse, sobre el fondo centroamericano. En mi imaginación hay algo parecido al retrato del poeta belga Rodenbach de Levy Dhurmer que está en el Museo del Luxemburgo. Siento que no debería traer aquí a colación este retrato de Rodenbach... Lo hago para explicarme a mí misma, mi manera de contemplar la memoria del noble varón salvadoreño que acaba de morir. En el cuadro de Dhurmer se ve: en el frente, la hermosa cabeza del poeta flamenco, y en el fondo Brujas la ciudad abandonada por el mar, cuya tristeza de amante despreciada, cantó Rodenbach en sus libros. Sí, es algo semejante lo que hay en mi imaginación, semejante en la disposición y en la suavidad con que está tratada la cabeza. La de mi retrato que me he hecho de Masferrer, es también una cabeza que quisiera irse para las nubes, como la del Rodenbach de Dhurmer, pero que antes de emprender el vuelo no desdeña mirar hacia abajo y comprende que la fuerza de gravedad que atrae hacia el suelo, no es menos maravillosa que el anhelo de ir hacia arriba. Me doy cuenta de que todos los ensueños imprecisos, vagarosos, todas las filosofías forjadas detrás de esa frente honrada, se humanizan al ponerse en contacto con la fuerte realidad que los rodea. Cambian sus alas por unos tímidos pies de niño que se echan a andar sensibles sobre las piedras del camino. Pero ya es una gran victoria el que tengan pies y no solamente alas, como pasa la mayor parte de las veces con los ensueños de los idealistas. ¡Y cuánta falta han hecho los pies a los ensueños de los hombres!... Ellos han creído que las alas son cosa más noble y bella que los pies y han descuidado el piso por donde éstos tienen que transitar. A menudo el idealista disimula su flaqueza bajo el deseo de las alas. Así rehuye con decencia tántas responsabilidades...!



Alberto Masferrer

Falleció en San Salvador, El Salvador, a las 10 y 55 minutos de la noche del 4 de setiembre del año en curso.

Fué uno de los amigos y colaboradores de este semanario. Continuará siéndolo. El hecho de que lo sigamos buscando, revela con claridad que lo llevamos en el corazón. Al pie de su bandera, en recuerdo de lo que dijo e hizo, seguiremos en las mismas esperanzas y agonías en que él vivió.

Por su madre, por su hija, por su esposa, por los suyos hemos de abogar; por el bienestar de los suyos, muy amados.

Otras imágenes suyas, su ideario recogido por el noble Alfonso Rochac, su anecdotario, tantas cosas de él que iremos dando

Repetimos: seguirá cerca de nosotros, como en vida. Seguirá colaborando, como todas las almas creadoras, después de su muerte.

Hoy que hablen las mujeres, de preferencia, cuyos dulces afectos cultivó y estimó Masferrer por doquiera que pasaba.

Si Masferrer hubiese sido un literato nada más o un verisificador hábil o un intelectual esnob o diletanti, se habría puesto sus alas de metáfora y habría volado a la altura para librarse de la lucha de aquí abajo y no arriesgar su bienestar. Pero Masferrer no fué solamente un intelectual, sino también un hombre de honor, y por eso no se hizo el desentendido ante la explotación de los amos y el hambre de su pueblo.

Bien diferente es el paisaje que sirve de fondo a mi retrato de Masferrer de aquel que se ve en el cuadro de Dhurmer, con sus canales de aguas inmóviles, sus torres místicas y su música de carillones en el aire. No, no, que el mío es de esfuerzo humano y de tragedia. Está formado por un pueblo que es todo él una espalda agachada sobre el surco y una mano que trabaja, y que es sin embargo un pueblo humillado y hambriento sobre una tierra estremecida por la respiración de volcanes vivos, que echan a los vientos el fuego de sus entrañas pavorosas y se sangran en lava hirviente sobre las laderas y consume cual si fueran de paja los bosques, los plantíos, los animales y los poblados. Es una tierra en donde todo está cultivado por el pueblo más laborioso de Centro América, todo, hasta las fauces de los volcanes en actividad. El indio atisba cuando el volcán duerme la siesta, para limpiarle los morros y ponérselos bonitos con los cultivos. No hay rincón por el cual el trabajador salvadoreño no haya pasado su mano diligente—de piedra para el aguante—ni terrón que no haya regado con su sudor. Allí van todos los creadores de la riqueza de ese país: los colonos salvadoreños, de piel más oscura que el suelo que labran; a su paso humilde se levantan los cafetales de Oriente y de Occidente que llenan de oro las arcas de los amos, quienes no saben sino humillar y explotar al peón e ir por el mundo dándose aires de condes y de duques, y eso en la época que corre, cuando los príncipes rusos lavan platos en los restoranes para ganarse la vida. Allí van por las vegas del centro del territorio salvadoreño, los plantadores de tabaco; conocen secretos para que la hoja se ponga rubia y extraiga de la tierra y del aire aromas y nepentes para goce del hombre. Aquellos son los alfareros de Ilobasco con sus vasos y sus figuras artísticas de arcilla fina. Pasan

los músicos y cantores de Cacaopera y de Sesembra y los tejedores de fibra de palma, de San Pedro y San Juan Nonualco y los tejedores de Occidente, descendientes de aquellos que en época menos civilizada sacaban de sus telares unos rebozos de seda maravillosos; eran unos lindos rebozos con los que se ponían bonitas las muchachas del pueblo en Costa Rica, una tela a listas alegres, coruscante, que sonaba como si la luz se estuviera friendo, con unos originales dibujos en las barbas o flecos de los extremos. Aquí vienen los que elaboran las arcillas de Ahuachapán para sacar el verde, el rojo, el amarillo con que se iluminan las cosas apagadas de la vida; los que obtienen el añil de Chalatenango y los que sacan al henequén sus fibras resistentes. "Por el camino, al borde indeciso del desfiladero, van y vienen las mujeres de Panchimalco con sus grandes cargas a la cabeza, rápidas y rítmicas, aleteando los brazos, la cara inexpresiva, concentrando todas las fuerzas en el fin único de caminar pronto y seguro" (1). Pasan también los tipos de los cuentos de Salarrué: Pablo Melara, Goyo Cuestas y su zipote, José Pashaca; pasan con esa humilde naturalidad que hay en las piedras y en los vegetales y que tanto impresiona cuando se medita en ella; dejan su huella conmovedora y sin esperanza en el polvo que brilla bajo la pesada indiferencia de nuestro cielo tropical. Es un desfile de seres humanos callados y llenos de fuerza como los terrones que pisan, terrones y criaturas que se entienden muy bien, pues al conjuro de las manos de éstas, sale del humus el grano de café— "el grano de oro" que dicen nuestros patrioteros echando hacia adelante el pecho sin corazón para los peones que lo siembran y lo cosechan; sí, "de oro" para el dueño de la finca que lo convierte en dólares o en libras esterlinas, parte de los cuales irá a aumentar su depósito en un Banco de Nueva York o en el Banco de Francia o en el de España y la otra servirá para que vayan a presumir por los balnearios de Europa él y la señorona de su esposa y la señoritinga de su hija envueltas en pieles legítimas y en sedas. Van las indias refajadas en su vestido adornado de vivos colores y los indios con su pantalón y su camiseta de manta y su sombrero de palma, nada más. Son descendientes de Atlacatl el Joven, señor de Cuzcatlán, el cacique que supo hacer resistencia a don Pedro de Alvarado, quien salió cojo del trance. Son hermanos del indio Anastasio Aquino, el bravo nonualqueño que hace un siglo se levantó contra el gobierno de El Salvador, al ver "pasar por las tierras de su labranza un destacamento que a punta de látigo arreaba—como si fueran animales de rebaño—a unos indios destinados al servicio militar". Es Aquino el que se proclamó rey colocándose en la cabeza una corona del señor San José del santuario del templo del Pilar en San Vicente, y se puso al frente de una legión de rebeldes que supieron imponerse a las fuerzas gobiernistas con sus cuchillos y sus lanzas de güiscoyol.

Y es este pueblo de criaturas silenciosas, cuerpo pequeño y piel requemada por siglos de sol tropical, el creador de la mayor parte de la riqueza de El Salvador. Y nada poseen estas criaturas, pues que hasta el agua les venden los patrones de muchas haciendas; en los tiempos buenos se alimentan de frijoles y de tortilla, pero en los malos, cuando les va bien, comen frijoles con gorgojo. Este país que sirve de fondo a mi retrato de Masferrer, no se diferencia gran cosa de cualquier departamento de Francia en la Edad Media. Bueno, me refiero al estado social, que en cuanto a lo demás están muy adelantados: carreteras asfaltadas, autos, refrigeradoras, radiolas, estufas eléctricas, niños y niñas **bien**, educados en universidades yanquis o europeas, etc., etc. El territorio salvadoreño está repartido entre unas pocas personas; son fincas enormes en las cuales—dan ganas de decir, tan inmensas son,—no se pone el sol. Pero el colono, el que labra la tierra, no tiene ni en donde caerse muerto; éste debe dar lo mejor de su trabajo al amo, para tener derecho a un pedazo de tierra en donde cultivar el maíz y los frijoles de su sustento; y lo mejor de la cosecha va a engordar el granero del amo. Es como antes de la Revolución Francesa, cuando había siervos. La tierra que cultivan los colonos de El Salvador no pertenece a "manos muertas" como la tierra de Francia antes de 1789, pero pertenece a manos ociosas y despiadadas, que es lo mismo; no es propiedad inalienable y perpetua de la Iglesia, pero es propiedad inalienable de una clase privilegiada que asesina al pueblo cuando éste quiere conquistar su derecho a comer. Y como un velo de horror y de sangre, tiembla sobre el ambiente de mi cuadro, el crimen de 1932 que acabó con Martí, Zapata y Luna y con más de diez mil salvadoreños en rebelión contra su miseria y contra los parásitos que en El Salvador chupan las fuerzas de los trabajadores y se ponen frondosos sobre ellas. A través de la malla sanguinolenta, la sonrisa macabra del presidente Martínez, la gravedad repugnante de los militares y la papada grasosa y honorable de los terratenientes. Y dicen que ya el papa que llaman santo reconoció el gobierno de este Martínez.

Masferrer no olvida a su pueblo que trabaja y ha hambre. En su mano está el dedicarse a escribir cuartillas con figuras literarias que no ofendan a ningún canalla honorable. ¿Por qué no se dedica, como tanto pensador "sereno", a confeccionar libros "interesantes" o biografías de grandes personajes muertos hace siglos y sin descendientes que puedan reclamar, o a divagar acerca de teorías filosóficas? No, no, que Masferrer es un intelectual honrado y nuestro tiempo no es remanso, ni onda tranquila, sino torrente de lujuria, de crimen, de ansia de oro que para su refocilo buscan por los peores caminos, los pícaros condecorados y protegidos por los gobiernos. Es preciso ir al encuentro de este torrente, con otro torrente poderoso, movido por el ansia de vivir con más nobleza. Sólo los intelectuales de mantequilla y azúcar, son capaces de seguir en el aparador ofreciendo su grasa fina y su dulzor a los indiferentes, a los ignorantes o a los comodidosos. Y Masferrer no es de mantequilla y azúcar, sino de carne como la carne de los indios hambrientos y humillados que hay a su alrededor. Lo único es que es la suya, carne apacentada con doctrinas indostánicas como Gandhi, con la no resistencia al mal tolstoiana y con los evangelios que de tanto ser leídos por los protestantes en sus biblias, y de tanto ser oídos los domingos en misa por los católicos, han perdido novedad y prestigio, y aquéllos los leen como si fueran cuentos de camino y éstos los oyen como quien oye llover. En sus últimos años, el alma de Masferrer fué como una paloma que se rebela contra una ave de rapiña. No tenía hiel ni malicia y puso su ansia de justicia al servicio de Araujo, el presidente salvadoreño que engaña a los campesinos para conseguir el poder, con promesas de darles tierra. Al frente de esa campaña política va Masferrer agitando al viento, como una bandera, su Mínimum Vital, y el pueblo lo sigue en la creencia de que por fin va a poder cultivar su pe-

(1) Alberto Masferrer: *Notas de viaje.*

dacito sin estar pensando en la gabela del señor. Pincha Mesferrer, en su proyecto de Constitución para la Unión Vitalista Hispanoamericana, a la Economía Individualista y a la Propiedad privada. Se da uno cuenta de que su intención no es de pinchar sino de acabar con una y otra, pero su táctica tolstoiana vuelve pinchazo lo que debía ser mandoble.

Medito a menudo con el pensamiento emocionado, en el gesto de rebeldía del Masferrer amamantado con la literatura de los románticos del siglo pasado, con las doctrinas de amor pasivo de Tolstoi y las filosofías orientales. El quiere hacer vivir los evangelios de amor y de paz entre la raza de víboras que en este instante mandan en casi el mundo entero, sin recordar que el Jesús de San Mateo decía a sus discípulos: "No penséis que he venido para meter paz en la tierra; no he venido para meter paz sino espada".

Sí, fué como un niño sin malicia este hombre bueno que quería hacer la Unión Centroamericana con razones corteses, sin recordar que allí no más están los Estados Unidos para imponerla si así conviene a las compañías bananeras yanquis o a la apertura del Canal de Nicaragua, o para impedirla si no les conviene.

Cuando se da cuenta de que lo han engañado, se va de su país y se refugia en Guatemala, de donde lo echa Ubico, que es de los fariseos de América. Busca hospitalidad en Honduras, que le es más propicia. Hace poco regresó a su país, pero es para morir. ¡Cuánta pena tienen que haber sentido, ante el cadáver de Masferrer, los salvadoreños que supieron amarlo! Quizá algún día le levanten una estatua en cualquier país de Centro América. Las estatuas sirven para que una generación trate de reparar un crimen o una injusticia cometido por una generación anterior.

Aquí, dentro de mi pensamiento queda el retrato que yo misma me he hecho del noble varón salvadoreño que acaba de morir, quien supo en su vejez ser fuerte como no saben serlo la mayor parte de los hombres jóvenes del istmo. Una cabeza que pudo haber sido solamente la de un intelectual, pero que tuvo el valor de ser también la de un rebelde. De fondo le sirve el pueblo más trabajador y viril de Centro América.

Carmen Lyra

Setiembre de 1932.



Recuerdos

= *Envío de la autora*—En Costa Rica, por estos días =

Fué a principios de este año que llegó a las playas hondureñas el Maestro Masferrer.

San Pedro Sula en particular tuvo el privilegio de abrigar en su seno a aquel espíritu superior; aquel luchador infatigable, cuya labor constante era despertar en la conciencia humana la justicia, el amor, la armonía, la belleza, en fin, todo aquello indispensable para perfeccionar y elevar la vida.

Con gran entusiasmo fué acogida por sus admiradores la noticia de que se radicaría allí por algún tiempo y daría lecciones de literatura, historia, idioma, etc.; lo que nunca se llevó a cabo, porque en esos días empezó a resentirse su salud.

Desde un principio el Dr. Presentación Centeno, un entusiasta y sincero admirador del Maestro, tomó especial interés en su asistencia. También la distinguida señora Graciela Bográn dedicó la mayor parte de su tiempo para hacer las veces de una hermana cariñosa, de una madre para aquel ser noble, que en oblación al bienestar humano dedicó los días de su existencia.

Jamás se borrará de mi memoria la dolorosa impresión que tuve una mañana al visitarle. Le encontré ojeando una revista; estaba pálido, demacrado; la señora que le acompañaba en aquellos momentos me contó que había pasado muy mala noche. Pero mi mayor sorpresa fué al advertir la dificultad con que se expresaba.

Una tristeza profunda embargó mi corazón.

El ilustre cerebro centroamericano empezaba a flaquear.

El Orto comenzaba su viaje de regreso hacia lo desconocido.

Escasamente habían transcurrido trece minutos de mi llegada cuando tuvo un cambio repentino en su aspecto; me acerqué para arreglarle las almohadas, trató de hablar, y al no conseguirlo, gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas; pasóse la mano por la frente, permaneció como cinco minutos silencioso, consiguiendo por fin balbucear las siguientes palabras:

"... No... no... puedo"... Seguidamente apoderóse de él un sueño letárgico.

Mejoró por algunos días, volvió a recaer, y así alternativamente pasó un par de meses.

El Maestro nunca estaba solo; cariñosas personas rodeábanle siempre. Cuando se le preguntaba por su salud, respondía sonriente: "Bastante mejor. Dentro de algunos días estaré completamente restablecido".

Costó persuadirle para internarse en un hospital americano que hay en Tela, en donde pasó un par de semanas, regresando un poco más restablecido.

El día que me vine fuí a despedirme de él; había dejado ya la cama, me pareció que su salud iba progresando, y hace pocos días leí en los periódicos la dolorosa noticia de su muerte. No creí que desaparecería tan pronto aquel padre cariñoso. Esperaba aun verle, escuchar siquiera una vez más sus sabias y generosas palabras. Pero, ¿ha muerto en realidad Alberto Masferrer?

¿Acaso puede desaparecer tan fácilmente un Faro? Sí, sí puede; empero la luz que derramó seguirá iluminando, y aún irradiará con más fulgor cuando todos los que tuvimos la dicha de comprenderle nos encontremos espiritualmente unidos.

Sultana de Larach

Setiembre, 1932.

Don Alberto Masferrer

Para *Luminia*, afectuosamente

En su último viaje a Costa Rica lo conocimos. Su físico no era elocuente: magro, la color cetrina, añudado el semblante como si se contrajera por un dolor vivo y perenne, de mediana estatura, desfalleciente su configuración, como acentuando la aguda dolencia que minaba su interior, más parecía don Alberto un viejo maestro de escuela pueblerina, ya emérito por los achaques, y no el bizarro defensor de la libertad, el escritor recio y valiente en constante batallar, el apóstol que anduvo por cárceles y destierros por defender una causa grande, noble. Sin embargo, minutos después de la presentación y cuando todavía el desencanto formulaba el "es posible que éste sea", el espíritu vertido en su verbo urente aupaba como un rayo de sol sobre una ruina, iluminando, embellecien-

do, hasta enseñorearse por completo de nuestra mente y, entonces, la sugestión avasalladora ejercía su dominio hasta rayar en el colmo por figurar nosotros que mejor era así el hombre, porque su victoria era mayor cuanto que no había tregua entre aquel cacharro y el genio que lo habitaba, que para la estimación selecta no importa la sustancia sobre la cual el diamante valioso está montado, y éste más fulgurante aparece cuanto más pobre resulta la sustancia que lo sostiene. Y no era, como las hay tantas, una facundia plena de seducciones, una vasta ilustración con su exponente en títulos académicos, ni un pensador colocado en el trípode como un rey en su trono, sin consistencia moral, sin base efectiva en el corazón. Aquel pensador, aquel erudito, aquel escritor ameno y de tan honda filosofía, fué un hombre honrado, expresión muy comprensiva para quienes estimamos que no hay vida social superior sin honradez, y rechazamos al sabio si ha delinquido, al escritor si su pluma ha estado en malas causas, así ocupen procera posición, pues no caminamos por la gelatinosa senda de la política, donde quien más repta es quien más fácilmente llega. Masferrer, como Montalvo, se mantuvo siempre erecto, sin claudicaciones. La amenaza, la misma muerte, nunca pudieron atajar su labor apostólica, pues con amenazas de despótas su voz aupó siempre por encima de las turbas silenciosas y cobardes; y ya extiguida su vida—si es que fuere posible abstraer el soplo vital de la energía creadora que sobrevive siempre—su labor, sus ideas sus doctrinas, su espíritu, irradiarán como sol de primera magnitud. Y fué su palabra nazarena el pan ofrecido al humilde, a los desamparados, a los que sufren y piden justicia; no buscó nunca al poderoso para adularlo, ni al feliz para cantarle, que su apostolado rimó siempre con el dolor, con lo incomprendido, entrándose en los misterios mismos de la religión que no se encastilla en dogmas petulantes, sino que se hunde en lo invisible, allí donde florece el amor divino, para ofrecer consuelo, esperanzas, alma, a todos los que con el alma hecha pedazos, sin esperanzas y consuelos encontró en su camino. Por eso su luminosa labor tendrá como una fuente inagotable el caudal de su jesucristiana esperanza. Y no obstante su raquítica envoltura, repetimos, fué todo un hombre. Su mente sedujo como sedujo su corazón. De su mente salieron las estrellas de su doctrina admirable y de su corazón, la ternura magnífica que le unía a todos cuantos le conocimos y estimamos. Luminia, a quien dedico estas líneas, recibió la fragante ternura del poeta en versos que piden un campo en **Repertorio** para que sirva de búcaro a esas flores de amor.

Siona Benedictus

Don Joaquín:

Le envío eso junto con algunas de las cosillas que conservo de don Alberto. No contrarío al señor Masferrer, pues en un parrafito que al pie de la letra copio, él dice: «espere a que yo me vaya de la vida para que ojos profanos lean lo que alimentará su curiosidad de un instante». No faltará un rinconcito en *Repertorio* para don Alberto, verdad?

Mil gracias de

S. B.

San José, C. R. Setiembre, 1932.

LUMINIA
(Oración matinal)

Para aquella que ha entrado y florece en mi espíritu como una estrella nace y florece en una noche oscura;

Para aquella que jamás conoció la mentira, en cuya alma límpida el dolor se convierte en luz y la luz en amor;

Para aquella que sabe amarlo todo para comprenderlo todo y comprenderlo todo para perdonarlo todo;

Para aquella a quien el mundo ignora; perla escondida en un mar insondable, a quien yo descubrí por bendita merced de mi destino;

Para aquella que tiene el corazón tan grande como la mente; que es dulce como una corderilla, ingenua como un niño, profunda como el mar y clara como el alba;

Para aquella de quien yo aspiro a ser un reflejo; fuente que saciará mi sed; aurora que alumbrará mi noche, fragancia que confortará mi flaqueza, agua pura que lavará mis culpas, esperanza que sostendrá mi vida;

Para aquella que sabe ser libre como el huracán y dócil y suave como el pétalo de una rosa;

Para aquella que ríe y sonríe y ora y canta y llora, como las ondas del mar en una playa solitaria;

Para aquella que lleva en el cerebro un lucero y en el corazón una rosa;

Para aquella cuyos ojos divinos se posaron en mí; a quien no soy digno de amar; a quien nombro calladamente en el santuario velado de mi espíritu...

Que su memoria bendita acoja mi recuerdo; que su corazoncito diamantino palpite alguna vez por mí.

A. M.

Tu serás para mi lo inaccesible:
lo que siempre se anhela y no se alcanza;
una frase borrosa, indefinible
el destino escribió, ¿dice imposible?
¿dice, acaso, esperanza?

A. M.

VIENDO EL RETRATO DE UNA CASITA

Corredor de una casita que jamás conoceré...
Quien pudiera, una hora sola, de un silente anochecer,
mientras ella se extasiara en mirar aquella estrella,
Olvidarse y extasiarse contemplando—no la estrella!—
sino a Ella...!

A. M.

VERSOS SENCILLOS

En el instante de mi partida
y al darte, acaso, mi último adiós,
vengo a decirte, Marta querida,
el testamento de mi dolor.
Afectos íntimos los tuve un día;
supe de amigos, supe de amor;
pero mi alma siempre fué mía
y ahora la tengo partida en dos.
Me llevo aquella más desgraciada,
la más oscura, la más trivial;
te dejo la otra, la inmaculada,
la que ha vivido para el ideal.
La más sencilla, la más hermosa,
la que no tuvo nunca un rencor,
has de cuidarla como una rosa
de suave aroma, de albo color.
Ese tesoro que te confío
tal vez ya nunca lo cobraré
pues son mis dichas aguas de un río,
que no se miran nunca volver...
Cuándo he de verte? Cuándo he de hallarte?
En esta vida quizá no más...
Me envió el destino para adorarte,
y ahora que te amo, dice jamás!
Contigo queda la más querida
joya ignorada que vive en mí;
de nadie nunca fué conocida...
tú la encontraste, y es para ti.
Has de guardarla como una perla,
como agua pura de un manantial:
no lleguen odios a ensombrecerla,
que no hayan manchas en su cristal.
No empañe nunca su bello oriente
la bruma fría de hondo rencor;
viva serena, dulce, sonriente,
y emane dicha, luz y amor.
Que no se enturbie, que no se manche
con las torpezas del interés;
que sea intensa, firme, y que ensanche.
sus horizontes cada vez más...
La vida es dura, la vida es mala
de día en día crece el sufrir;
ya bien comprendes que nada iguala
a esta fatiga del existir.
Yo bien comprendo qué amarga empresa
es el trabajo de perdonar!...
Cuántas espinas en la maleza!
Cuántas traiciones! Cuánto penar!
Pero en la brega de la conciencia,

—así lo quieren la vida y Dios—
único alivio de la existencia
es el alivio que da el perdón.
Te quiero noble, te quiero bella,
limpia como una flor de azahar,
serena y blanca como la estrella
que tantas veces te hice admirar.
Guarda mi alma como una perla,
como agua pura de manantial,
no vayan dudas a ensombrecerla,
que viva siempre para el Ideal.
Mas, qué te digo? Bien sé que nadie
ha de guardarla mejor que tú;
que de tus ojos la luz que irradie
han de infundirle fragancia y luz.
Cuándo he de hallarte? Cuándo he de verte?
En este mundo quizá no más;
me envió el destino para quererte
y ahora que te amo dice: jamás!
Ya es el instante de la partida,
es mi destino, lo quiere Dios...
Cuando muramos, si hay otra vida
y aún me recuerdas, Marta querida
sabrás hallarme... en tanto, adiós!

A. M.

ADIOS A LUMINIA

(En Puntarenas, el 28 de Enero, noche, 1921)

Desde el primer instante
has vivido tú en mí.
Hasta el último instante
no pienso sino en ti.
Aves, flores, estrellas,
todo despareció
de mi mente: sus huellas
tu amor desvaneció.
Con la luz de tu espíritu
las cosas contemplé;
con tus ojos veía,
con tu oído escuché!
Tu voz era mi música,
tu palabra mi unción,
tu ausencia era mi noche,
tu amor mi redención.
Yo grabé en mi retina
la gracia de tu andar,
de tu leve cintura
el cimbreante ondear;
los lirios de tu mano
la inflexión de tu voz
tan dulce cual sería
el canto de una flor...
Amé lo que tú amabas,
lo que sientes sentí,
dudé si tú dudabas
y con tu fe creí.
El amor, como lente
de infinito poder,
de tu vida el secreto
me enseñó a conocer.
Tu dolor, tan callado.
Tu infancia, sin amor,
Tu abnegación perenne,
que nadie comprendió.
Tus congojas, tu anhelo
de horizonte y de mar,
de montaña y de cielo,
de silencio y de paz...
Todo llegué a entenderlo
porque todo lo amé...
Y ahora que te pierdo
me digo, para qué?
Para qué si no había
de ser yo tu sostén,
ni curar tus heridas,
ni volverte tu bien?
Sola y triste quedaste,
solo y triste me voy...
Más solos y más tristes
que antes de nuestro amor!
Sola y triste mi alma
para siempre ha de estar...
ya no queda esperanza
que la pueda engañar...
Qué importa si mi vida
será pensar en ti?
Con tu nombre y tu imagen
tengo para vivir.
Esta llama perenne
que en mi pecho arderá
como un cirio que arde
en silencioso altar,
ha de ser como estrella
que me preste su luz
para guiarme en la senda
donde voy con mi cruz.
Y cuando la hora marque
el destino cruel,
de apurar este cáliz
hasta la última hez,
yo sentiré la dicha
de que haya sido así,
de quemar en tus aras
lo mejor que hubo en mí...
Adiós! Que ya la nave
sus anclas va a levar!
Se oye de las cadenas
el agrio rechinar...
Mi corazón se rompe...
Queda el alma sin luz...
Ausencia, cómo angustia,
cómo pesa esta cruz!
Lucinia, mi Lucinia,
qué solo y triste estoy!...
Qué fugaz fué mi dicha!
Qué fatal fué mi amor!

A. M.

Agencias del REPERTORIO AMERICANO:

En la ciudad de Panamá:
Don Ernesto Latorre,
Apartado No. 18, Panamá.
R. de P.

En Arequipa, Perú:
Agencia Moderna.
Correos: Casilla 102.

En Santiago de Chile:
George Nascimento y Cía., Casilla 2298,
Otra Dirección: Ahumada, 125.
Santiago de Chile.

En la ciudad de México:
Agencia Misrachi,
Correos: Apartado 2430, México, D. F..
México.
Otra dirección: Avenida Juárez, 10.

En la ciudad de San Salvador:
Don Eugenio Díaz Berneond,
Agencia General de Publicaciones.
El Salvador.

En París:
León Sánchez Cuesta, Librairie.
10, Rue Gay-Lussac, 10.
París. (Ve).

En Honduras:
Srta. Trinidad del Cid,
Tegucigalpa.
Honduras.

En Manizales, Colombia:
Don Benigno Cuesta, hijo,
Interior Galerías, Manizales.
Colombia.

En Barcelona, España:
Don Jorge Carrera Andrade,
Travesía del Carril, 6.—Barcelona.
España.

En Buenos Aires, Rep. A.:
Don Leonardo Glusberg,
Rivera Indarte 1050.

En Toluca, Edo. de Méx. México:
Clay's General Publishing Agency
Avenida Juárez, 54.

Estampas

Un filósofo del orden social

Masferrer, alma en llama

= *Colaboración directa* =

Nacen algunos para ser llamas y prodigarse. Don Alberto Masferrer fué llama que iluminó a su país. Ha muerto y se percibe con claridad la luz en la tiniebla de que va deshaciéndose El Salvador. Tiniebla recia e igual a la que penetra todos nuestros países.

Aparecen estas almas y el ambiente sufre cambios. Traen inquietudes, las riegan sobre las conciencias para que trabajen. En los sucesos de la antigüedad histórica narrados por Plutarco hay un episodio revelador del poder de esas almas. Se viven los días de la Roma de Catón y llegan de Atenas dos embajadores, Carneades el Académico y Diógenes el Estoico. Traen por misión el reclamo contra cierta sentencia injusta. Son dos hombres grandes y cuando Roma se entera de que los tiene en su propia entraña, acuden ciertos espíritus a visitarlos. Plutarco refiere lo que pasó así: "Al punto, pues, pasaron a visitar a estos personajes los jóvenes más aficionados a la literatura, y dieron en frecuentar sus casas oyéndolos y admirándolos. Principalmente, la gracia de Carneades, a la que no le faltaba poder ni la fama que a este poder es consiguiente, logró atraerse los más ilustres y más benignos oyentes, siendo como un viento impetuoso que llenó la ciudad de la gloria de su nombre; corrió, en efecto, la voz de que un varón griego, admirable hasta el asombro, agitándolo y conmoviéndolo todo, había inspirado a los jóvenes un ardor extraordinario, que, apartándolos de todas las demás ocupaciones y placeres, los había entusiasmado por la filosofía. Estos sucesos fueron agradables a los demás romanos, que veían con gusto que los jóvenes se aplicasen a la instrucción griega y comunicasen con tan admirables varones; pero Catón, a quien desde el principio había sido poco grato el que fuese cundiendo en la ciudad la admiración de la elocuencia, por temor de que los jóvenes, convirtiendo a ella su afición, prefiriesen la gloria de hablar bien a la de las obras y hechos militares, cuando llegó a tan alto punto en la ciudad la fama de aquellos filósofos y se enteró de sus primeros discursos, que a solicitud e instancia suya tradujo ante el Senado Cayo Acilio, varón muy respetable, tomó ya la resolución de hacer que con decoro fueran todos los filósofos despedidos de la ciudad".

Trastornan la rutina de un país estas almas que vinieron con menesteres de llama. Traen noticias, las difunden con el aliento constructivo que hay en ellas y surge la inquietud en las conciencias. De una antigüedad grande es la narración dejada por Plutarco. En Roma fueron los filósofos los que agruparon a los jóvenes. En nuestros tiempos también es el filósofo el que anima, pero con una filosofía que pertenece a la transformación social que el mundo sufre. Don Alberto Masferrer es uno de estos filósofos del orden social. En su patria quiso el cambio que armonizara la vida del hombre quitándole tanta miseria y aflicción. Habló, es decir, iluminó con su llama fuerte y acudió el trabajador manual y el trabajador intelectual. Lo oyeron y le creyeron. Estaba hecha de verdad su prédica. El ambiente cambió, la tiniebla perdió penetración y un avance notable en el rumbo de la redención social se vió luego. El Salvador tenía ya el espíritu constructivo que aplicaba su saber a la obra grande de exterminar la tiniebla. Creyó don Alberto Masferrer que podía llevar su alianza a los políticos de su tierra y buscó aquel que prometía ser honrado. Con él se alió para darle el gobierno. Cometió el pecado grande de no ver en el político a cuya mesa se sentaba, el catoncillo enemigo del filósofo. Puso su prestigio para que el político creciera y cogiera mando. Habló honradamente pidiendo apoyo para el candidato. Y el candidato obtuvo ese apoyo y llegó al gobierno. Pero una vez en él la máscara ya no hacía falta y la arrancó para mostrar el rostro de engaño y de perfidia. Don Alberto Masferrer que había prometido y que había aspirado a grandes cosas en su patria con el gobierno puesto en aquellas manos, se murió de vergüenza. Avergonzado tomó el camino del sacrificio. El catoncillo se erguía clamando contra las doctrinas renovadoras por las cuales don Alberto había ido a llamar a la masa sufragante. Como el mando estaba ya en sus manos podía atropellar. Pero don Alberto no era político, era hombre nacido para ser llama. Del po-

Sueño profético

= De *Patria*. San Salvador =

Un dulce rumor como el rodar del agua de una fuente entre guijarros me asombraba. Venía yo saliendo de la caverna de los sueños confusos, hacia la claridad de un sueño feliz. Me encontré caminando por el césped en el amable rincón de un parque. Todo era primaveral. Aquella música que me atraía no era una fuente sino el canto gozoso de muchos pájaros en el boscaje. Entré en una larga alameda de eucaliptos y balsameros y continué mi paseo de alegría, aspirando el aire riquísimo.

Llegué a una fuente de hermoso aspecto rústico. El agua caía en las pilas derramada en miles de delgados chorritos musicales. Temblaba el cielo de plata y zafiro en el hervidero de las ondas y los círculos del agua.

Variando de rumbo llegué por entre arbustos a un hermoso bosque de macuilihuas y madrecacaos, en el centro del cual había un prado circular enorme, abierto al cielo, y en el centro un monumento de base circular, con arriates florecidos y que fuera de lo acostumbrado, era un monumento más bien bajo que alto.

Fuí acercándome lleno de curiosidad y por una escalinata de tres planos sucesivos llegué hasta el centro en donde la figura en bronce de un hombre se reclinaba en un cómodo sillón con la cabeza un tanto echada hacia atrás, entornados los ojos por el resplandor del sol. Aquel hombre era Alberto Masferrer. Cubría sus piernas una manta con calidad de lana y sus brazos se tendían largos sobre los de la silla de paralítico. Su cabeza de vejez juvenil parecía descansar gratamente hundida sobre los almohadones. Miraba al cielo, oía regocijado el canto de sus amados pájaros.

Yo estaba asombrado. "¿Cómo?"—me preguntaba,— "si Masferrer ha muerto anoche mismo"... Al pie de la figura había una placa donde leí: "ALBERTO MASFERRER". En otros detalles del monumento se hacía alusión a su amor por los niños, por los árboles y por los pájaros, se le llamaba el "Padrecito del Pueblo", se hablaba de su diáfano estilo y de su persuasiva palabra de patriarca. La fecha del monumento era: "4 de septiembre de 2032".

Allí estaba entonces, en el centro de un grandioso parque por entre cuyos boscajes, al alzar la vista, se advertía inmutable en su sencillez la cumbre del Quezaltepeque. Allí estaba el enfermo maravilloso, el sembrador de amor y de belleza. Allí estaba en medio de la populosa ciudad, rodeado de sus árboles, de sus pájaros, de sus niños. Allí estaba como el enfermo de aquella prosa suya: mirando e interrogando la nube viajera de acariciadora sombra.

Y yo, tembloroso de júbilo, me arrodillé llorando mientras grupos de niños vestidos de blanco en loca carrera por el prado venían hacia el centro en tan estruendosa algarabía que me desperté al instante. Eran los pájaros de esta mañana triste del pasado, de aquel vetusto 5 de septiembre de 1932.—SALARRUE.

Los últimos días de Masferrer

San Salvador, 1.º de Septiembre de 1932.

Mi querido don Joaquín:

Malas noticias: Masferer está en agonía. Dentro de breves instantes ya será hombre de la historia. Ud. comprende lo que nos dolerá este trance!

Muere pobre, negado por los semejantes que le atribuyen todas las desdichas que otros apresuraron o planearon. Muere sin poderse expresar porque desde hace días la dolencia nerviosa lo privó de ese don que lo hizo luminoso y magnífico.

Estaba en San Pedro Sula en el destierro. Desde hace más de dos meses lo golpeó su vieja enfermedad. La señora Bográn lo asiló en su casa. Mejoró. Fué a Tela a unos baños de mar. Ense-

(*Pasa a la página siguiente*)

lítico infeliz venía hacia él la bocanada que quería apagarlo y consumirlo. La llama estaba formada para luchar contra la tiniebla. Por eso don Alberto avergonzado se fué de su patria.

Vienen luego sucesos de una barbarie posesionada del mando y los catoncillos afirman que son la consecuencia funesta de las ideas de don Alberto Masferrer. Siguen las bocanadas de la tiniebla desatadas contra la llama y consiguen arrojar a don Alberto de Guatemala. La barbarie ha hecho matanzas espantosas inventando peligros comunistas. Y como don Alberto quiere que su país no padezca la humillación de regímenes cavernarios, contra él va la persecución hasta conseguir matarlo. La llama ha sido extinguida para la percepción torpe y corta de la barbarie.

Pero esa llama dió su iluminación y barrió tiniebla salvadoreña. Desató inmensas fuerzas contra sí. Malas fuerzas, idénticas en todos los países. Todo el que nació para ser llama la desata en cuanto no más ha emprendido la obra contra la tiniebla. En el caso narrado por Plutarco se sorprende el lector reflexivo de que el gobernante expulse a dos hombres que cultivan la inteligencia de los jóvenes. Pero no encuentra este lector el crimen en daño de los mentores. Lo terrible ahora es la ferocidad desatada por los gobermantes contra toda alma que trabaje por redimir conciencias. Pensamos en don Alberto Masferrer, pensamos en muchos otros que como él nacieron para ser llamas. No han tenido vida tranquila. Por todos lados ha llegado hacia ellos hasta ahogarlos la persecución. Pero si es sensible el suceso, no es desalentador. Los países necesitan de tales almas. Sin ellas la tiniebla continuaría intensa. Lo que conquistan los pueblos para crecer es obra de sacrificio de quienes nacieron para ser llamas.

Y la llama crece así en la lucha. Sólo sintiendo el soplo huracanado que trata de matarla, puede levantarse con vigor y penetración. Mentira que en la blandura adquiere fuerza. Porque no hay que confundir lo que ciertas vidas dan a un pueblo sin exponerse, sin luchar, recluídas en el estudio silencioso y cómodo, con lo que hacen aquellos nacidos con menesteres de llama. Queremos decir que la llama barre la tiniebla luchando dentro de la entraña misma de esa tiniebla. Subir a la nube que está por sobre la tiniebla y hacer desde allí obra grande o pequeña, no es crear una patria. En don Alberto Masferrer encontramos al luchador recio, al que no se queja de que va poniendo el pie en el suelo agresivo. Es el luchador que ayuda a crear una patria desde la patria misma, en el torbellino que ella produce. No pretendió hacer otra cosa que trabajar en su puesto, sin suspirar porque estuviera en condiciones de inferioridad. Su inteligencia vivió al servicio de su país, en su país mismo, sintiéndolo palpitar. No se alejó a disfrutar de blanduras que no le daban el pulso de su nación. Había que guiar y él guió de muy cerca, padeciendo todos los quebrantos de la proximidad.

Vemos en don Alberto Masferrer al espíritu que va haciendo falta en la América nuestra. Dijimos que su llama había estado desterrando tiniebla salvadoreña, pero como esa tiniebla es idéntica a la tiniebla costarricense, y a la colombiana y a la peruana, no hemos reducido el juicio a proporciones aldeanas. Necesitan estos pueblos almas que se sacrifiquen por ellos. No que se maten por ellos. Sacrificio es otra cosa. Es estudio para luchar contra la barbarie que acecha y pide destrucción. Es vigilancia que no se abate. Es también ejercicio de varonilidad. Sin sacrificio no esperemos redenciones. Meditamos en don Alberto Masferrer y su sacrificio aparece iluminándolo. Nació don Alberto para ser llama y cuando lo fué se prodigó. Las generaciones nuevas lo buscarán para inspirarse en su inteligencia y en su corazón. Los catoncillos prohibirán a esas generaciones que se inspiren en una vida con tan gran sentido creador. Los catoncillos siempre son sensibles al poder de la inteligencia. Pero la llama penetra en la posteridad y de allí no es abatida.

Juan del Camino

Costa Rica y setiembre de 1932.

Los últimos días de Masferrer...

(Viene de la página anterior)

guida empeoró. Su señora esposa fué a traérselo. La semana pasada se hizo el viaje por aire. Salieron por la mañana para Tegucigalpa. El viaje fué largo como para maltratar más al enfermo. Ese mismo día salieron en avión para San Salvador. El viaje fué más largo que de ordinario. El avión como que no quería llegar a San Salvador, envuelto en densa niebla. Aterrizaron forzosamente cerca del Río Lempa sin dificultad. Intentaron reanudar el vuelo, pero entonces se rompió un ala. Como que el aparato se negara a traer al maestro a la capital. Entonces no hubo otro recurso que quedarse allí. Una frazada amarrada en palanca, sirvióle de hamaca y dos hombres lo sacaron del llano a buscar la tibieza de una pobre choza. Esa jornada fué pesada, hasta las rodillas se hundían en el lodo los cargadores y la señora del maestro. Pasó la noche en la pobre choza donde le brindaron la única cama que había.

Al día siguiente, en la misma hamaca, fué llevado a la estación de "San Marcos Lempa" a tomar el tren ordinario de pasajeros. El temporal se había comido los terraplenes y la línea estaba obstruída. Había que regresar para dar paso a un tren de trabajo. Esperar y esperar. Por fin llegaron a la capital con tres horas de retraso.

Pasó cinco días sin poder expresarse, teniendo intactas sus facultades. Pocos de sus discípulos, dos o tres, lo vieron, le hablaron. Los conoció, les sonrió, quiso hablarles, pero la enfermedad le había quitado la memoria de las palabras. El viejo león, vencido, lloró, lloró. Prometheo estaba encadenado.

Hoy tarde, a un lado su madre, a otro su esposa, su hermano, un amigo, sólo uno, vigilaban su respiración acelerada. La fiebre le hacía sudar copiosamente. El enfermo en el delirio, en la desesperación movía los brazos; como que quería despojarse de las ropas mojadas. Así lo dejé, aun no ha muerto; pero de seguro cuando Ud. lea esta carta Masferrer, el visionario, será hombre de la historia.

Quizá el Repertorio le hará su homenaje. Por eso le mando algunos recortes de "Patria". ¡Ah! don Joaquín, se nos muere Masferrer, y no nos parece que sea cierto. Yo también le doy a Ud. el pésame. Un abrazo.—ALFONSO ROCHAC.

Cómo expiró Alberto Masferrer

Las 9 y 40 minutos. En casa de la familia Gutiérrez agoniza un Hombre de América. Con los familiares, las gentes de casa, don José Bernal, Flores Chinchilla y cinco miembro de la AMES, la casa se llena de silencio. Estamos esperando la muerte de Alberto Masferrer en estrecho círculo junto a él. La madre contempla al hijo que se le adelanta en la Vía Desconocida. La esposa lo santigua con un Cristo de bronce. Los hermanos lloran en silencio... Y todos espiamos el instante final

Es el mismo don Alberto de otros días. Dijérase nada más un poco cansado, anheloso de consubstanciarse con lo eterno. De repente, una ligera contracción en el rostro inexpresivo... y ha muerto. Como merecía morir: pobre, olvidado, pero dulcemente, quietamente, en medio de veinte corazones. Las 10 y 45 de la noche del 4 de septiembre.—EFRAIN JOVEL.

(Patria. San Salvador.)

Escritos principales de Alberto Masferrer

Ensayo sobre el Destino, Las Siete Cuerdas de la Lira, Leer y Escribir, El Dinero Maldito, El Mínimum Vital, Una Vida en el Cine, Niñerías, Pensamientos y Formas, Notas de Viaje, Las Nuevas Ideas, Páginas, El Buitre que se Tornó Calandria, Caminos de la Paz, Helios, La Religión Universal, El Alma del Naranjo, El Rosal Deshojado, Cuentos, El Libro de la Vida (Tomo I), Cartas a un Obrero, ¿Hombre o Vampipro?, Hojas al Viento (lírica). Ensayos y Figuraciones sobre la Vida de Jesús (Tomo I). San Selerín, La Cultura por medio del Libro, La Misión de América.

(Patria, San Salvador)

El toreador de la virtud [1]

= De *El Sol*. Madrid. Agosto 6 de 1932. =

El siglo xvii de España es la batalla de Rocroi. Todavía Campanella fantaseaba su loor alrededor de nuestra espada, aunque ya iban a abandonarnos los triunfos castramentales y a prevalecer con lo barroco la teologal milicia de Jesús. Entonces se escribió por Martín Rizo una vida de Séneca. Precisamente entonces, cuando el Imperio se desvanecía en la Contrarreforma y el catolicismo era de seda y de cilicio, también Gracián y Quevedo, Saavedra Fajardo y otros españoles de la edad, comentaron, vertieron y trataron sobre Lucio Anneo. Quien había proclamado desde la Roma cesariana, y con su concisión cordobesa: "Vivere militare est".

Al apagarse los combates, reverberaba esta divisa de bélica dinamicidad—luchar es vivir—para tejer la entraña del activismo ético. Corazón de Trento. Ir a la salvación tras de las buenas obras y la pugna y la lidia de cada minuto, más allá de la gracia o los méritos de Cristo. Entusiasmando así con Dios al mundo y al hombre.

Después se lo tragó Versalles y no lo digirieron las Constituciones democráticas. Séneca reaparece del brazo de un suicida, de Angel Ganivet, cuyo "Idearium" es un alarde senequista, y donde casi nos propone la canonización de un medio santo. Unamuno coloca su filosofía encima del vivismo, como una filosofía nacional. Valle-Inclán le ha heredado el ceceo y un poco de su gesto. Y hasta Pío Baroja utilizó siete libros de Séneca traducidos por Navarrete, para templar, emocionado, en el Pico de Urbión, una madrugada húmeda de cellisca.

Parece ser que Séneca fué posterior al senequismo. Por lo menos, aquí la doctrina y la actitud son tan remotas como el olivo y el Mediterráneo. Si el estoico es la sierpe que morderá su cola; porque la razón—la única razón del estoico—es la cosa mental e instrumental que se retuerce sin la fe; España, y dentro de su sombra todo Séneca—és-



Séneca

Por *Velázquez*

te, en sí, no fué estoico, y, lejos de si mismo, siguió a epicúreos, platónicos y pitagóricos,—han toreado y, a veces, rematado la virtud por amor de Dios a la agonía, Símbolo de la sangre fluyente, fluyente, fluyente. Aquí está la razón de la sin razón de nuestra historia.

Hubo fechas de devoción a Séneca, próximas a los momentos de crisis de la patria. El ritmo nos traerá contemporáneamente otro apogeo senequista, donde emerja y ejemplarice su persona. Pero. ¿no fué Séneca un bribón?

Sus negocios de usura, sus compadrazgos entre el Emperador Claudio y Agripina, su fortuna de quinientos millones de sestercios, acaso su demasiado hablar de la virtud, podrían sugerirnos la imagen de un pícaro meridional, cual tantos tuvo luego la corte de los Borgias. Un señorito andaluz cetrino y refranero, garboso y marchoso, que sedujo a Julia, la hija de Germánico, y preparaba zancadillas a Nerón.

España también tiene su leyenda negra. Cuando perdíamos la hacienda popular, comenzó la leyenda del Norte. Y, según Lucio Anneo: "Facere docet philosophia, non dicere". Nuestra filosofía enseñará a hacer o a padecer. Nunca la lectura, ni la leyenda, fueron afanes comunes de nosotros, de las gentes morenas.

Mientras vivió fué Séneca un aristócrata y un sabio. Un noble que supo más que nadie de la íntima organicidad del Imperio y la consintió orgulloso de esa dilatación de la "polis" y de la "civitas" hacia el Tigris y la lejana Amórica. El pretendía religar con un vínculo teológico a los seres de carne y alma, fuera del humanitarismo filantrópico y cosmopolita. Fué un gran amigo de la amistad y un sapiente que creyó en Dios: "Dispositor mundi, formator universi, auctor, custos y conditor".

Su sed metafísica de unidad y de simplicidad, que le condujo a una ley cósmica universal, a una divinidad solitaria y paterna y a un único Estado semidespótico, no decapita los resortes parciales y amenos de la vida. El cuerpo recupera su ímpetu, y un soplo vitalista estremece los términos barbudos de la razón. Los "genii", los "lares" y los "inferi"—nuestros santos patronos—interceden y milagrean ante la plegaria del oblato. El individuo ponderará su libre arbitrio, y, como pedazo de la patria, se hará respetable. Pues "sanctae partes sunt, si universum venerabile est".

Los españoles debemos aún el aforismo reconcentrado de su muerte. Fué la última medalla que troqueló su espíritu proverbial. El obispo Alonso de Cartagena había alabado y reverenciado su finura. "Puso tan menudas y juntas las reglas de la virtud..."—esos pases ceñidos de torero valiente y cristiano.

Menudas y juntas fueron cayendo las gotas purpúreas de sus venas. Antes de adormecerse en lo infinito, recordaba unos versos antiguos de su "Medea":

"Tiempo vendrá, después de muchos años, en que el océano rompa los estorbos que lo impiden, y deje ver un gran continente, y descubra el mar otros nuevos mundos. Y no sea Thule la tierra postrera". Su legado para nosotros era una profecía. El plus ultra de la isla de Thule ha sido nuestra América.

Juan Aparicio

[1] Marino Gentile: *I fondamenti metafisici della morale de Séneca*. Societá "Vita e Pensiero", Milano. 1932.

Elogio de la Isla de Puerto Rico

= *Envío de la autora.*—Nápoles, Italia =

A los niños de Puerto Rico en recuerdo de su Gabriela.

Estas son las cosas de mi isla de Puerto Rico que yo veo juntando los párpados, no tanto que las busque en el golfo interior donde se me vuelvan símbolo, ni entreabriéndolos tampoco tanto que la tierra de Cuba me las confunda con las suyas al igual de las caras de las dos hermanas que desesperaban al de la canción, como nos desesperan las confusiones.

Estas son las cosas que navegando el Mar Caribe y dejando atrás mi isla pequeña, con las gentes que en ella quiero y me quieren, venía yo mascullando en el aeroplano, por deseo de que no se me olviden ni en el mañana que está cerca ni en el nunca que no está.

Estas son las cosas que si no vuelvo nunca a Puerto Rico haré que me cuenten y me recuenten para que no se me deformen con el recuerdo recreador que es el mío, el cual rehace los objetos por pura ansia de resurrección y así los desfigura. Estas son las cosas que en este trance me mandarán mis amigos, en fotografías, o bordadas en punto de cruz, o talladas en la calabaza del coco, o en simples cartas de un grafismo de Epinal.

Estas serán las cosas que cuando me muera, si quedamos un tiempo como dicen, entre el cielo fino y la tierra gruesa, yo bajaré a verle a mi Puerto Rico, en ese vagabundeo arrastrado de niebla de las cinco de la mañana, que hacen los muertos.

Catorce cosas son, y se me parten en porciones de siete que es como todo se me divide en la miga de la memoria; pero cada una es tan excelente que vale las trece restantes y me hace mucha falta en la dicha si se me queda afuera.

Hay que leerlas sin pensar que las alabadas más brevemente sean mediocres sino que por decir algunas ansiosamente se escapan con un solo golpe de aliento.

La tierra.—La tierra de Puerto Rico se dice en primer lugar, ya que es la mesa en que voy a acomodar las demás para lucirlas.

La tierra es más blanda que en parte alguna y no ha hecho sino intentona de montaña en la sierra única. El resto del territorio es una arcilla menos que arcilla, tan suave por servicial que el demiurgo ha debido hacerla después de las tierras de cuarzo y pedrusco, cuando la palma ya tuvo gana de amasar pulpa para descansarse.

Al que la cultiva no le cansa y al que la camina le va mimando los pies. (La metáfora de "los caminos que nos sangran" no sirve para ustedes, Chevremont y Torrens, puertorriqueños). El bochorno la quebrajea ocho horas, y la lluvia le



Gabriela Mistral
Como la vió *Amighetti*, cuando ella pasó por acá (1931).

junta los labios enseguida, y aunque ríos-ríos no tiene, sino casi-ríos, el río cotidiano y vertical de la nube la asiste suficientemente.

Colinas.—Las mil colinas se dicen las segundas. Cosa tan blanda como ese suelo tenía que rizarse al igual que el cabello dócil; cosa tan dulce tenía que puerilizarse, y ella se puso a hacerse o a dejarse hacer ondulaciones jugando consigo misma. Alguno habrá contado la cifra exacta de esas colinas, tal vez el felibre (1) Ramírez, que es el hombre que más averigua esa tierra, y si yo viviese en la isla, como no le dejara colina por subir y bajar, me la sabría también.

Los fabulistas que vengan deben inventar fábulas sobre este capricho del suelo de redondearse moños, de amasarse jícaras boca-abajos y de dibujarse caracoles sentadas. Los indios caribes sin duda las hicieron; pero fueron barridos de la isla y ahora están acostados con su folklore entero en lo oscuro: un mito al lado de cada calavera seca.

La atmósfera.—La atmósfera se dice la tercera. El cielo tropical es absoluto, de un absoluto teológico, y de lo que he visto yo en este mundo nada convida como este cielo tropical a pensar, a querer y hacer las cosas en el orden de perfección de este cielo que agota el azul posible.

El mar está ahí, el mar está allá: Con caminar poquito se le deja y con caminar poquito se le vuelve a hallar: maravilla de la Isla y de las islas. En las otras tierras el mar es ribete del ojo y pizca de sal en la boca; en las islas se anda regustando la sal como un grano pegado a la comisura, y si el mar es padre para la vista, es madre por este saboreo. En esta atmósfera está bien cualquier cuerpo, pero los mejores están como en ninguna parte y se ven cabales y se sienten cabales. Al cocotero no se le ocurre existir en otro ambiente que lo borronee y aquí se ha puesto a doncelear. Como el cocotero hay que hacer para sabernos nuestra sombra e ir a la isla antillana donde la luz nos recorta y nos confiesa.

Los cocoteros.—Los cocoteros se dicen enseguida, las palmas, que no se cuentan. A cada indio muerto el español plantó una palmera viva, rehaciendo el paisaje lo mismo que la raza, para olvidarse de la isla **pasada,** con indios y sin palmeras.

Cuarenta días de mi vida me estuve mirando este cielo nuevo para mis ojos, listado de cuellos vegetales, estriado al millón de palmeras, especie de telar que hace las urdimbres y deja que el canto de los pájaros y de insectos locos pongan la trama invisible pero vivísima.

Después me van a parecer los otros cielos como desnudos, vacantes de este soberano coro botánico. Cocoteros en procesión de Panateneas, palmares en masa trashumante que ha hecho un alto por no sé qué signo de orden; palmas agrupadas en tertulia familiar, que cambian gestos de amigos. Ellas se tocan por la cabeza y se huyen por el cuerpo; y suenan arriba duramente, pero siempre resulta una melodía en lo bajo lo que en lo alto es choque de cabezas crinadas.

El café.—El café se cuenta el cuarto y pudo también contarse antes porque es el vestido botánico grande, y fino, y eléctrico, de la Isla.

Tan ardiente y tan tímido como suelen ser algunos ardientes, el café teme al mismo sol que le hace su frenesí y pide caperuza de tutor que lo ampare y lo refresque. La guava cumple el bonito menester; pero en Ituado lo sirve nada menos que la poma-rosa. A causa de estos gustos mixtos de frescura y bochorno, el cafetal anda trepando por lomas y quebradas. Como es el follaje cobijador el que se luce, al cafeto hay que buscarlo por las finas oscuridades de lo bajo, donde los ramilletes rojean con una ardentía confesada en el verde austero.

El cafetal de Llauco culebrea por las colinas con listón o mancha, siempre velado, y siempre delicado en la penumbra y vivaz de su fuego guardado. La tierra se llama Llauco, así con nombre diptongal, para que se oiga bien, y al forastero que pasa le apuntan este nombre a fin de que no olvide que éste es el café arcángel entre los cafés ángeles del mundo, el trozo clásico del producto prócer.

(1) Felibre, el cronista regional de la Provenza.

El espíritu del café circula por los poros de esa tierra de migajón fácil, y es cosa más noble todavía que el espíritu del vino en la viña de Virgilio, que necesita al cabo malicia de hombre para volverse pasión.

Yo he dormido en esta tierra vehemente de Llauco, y como al cabrito de la leyenda árabe, las venas del perfume del café, su alma circulante debajo de mi casa, me daba un sueño rico, hasta un poco alucinante, y todavía me siento la sién cargada de esa pasión que chupé y guardé en tres noches de una almohada tan fuerte.

A un vicioso de este vicio mixto de ardentía y aroma que es la taza de café, le he pedido definición del de Puerto Rico, y él me la ha dado más o menos así:

"El café asiático o africano se parece a esos padres que siendo solamente buenos pasan a ser excelentes en los hijos. Los cafés americanos, y el puertorriqueño el primero, se han llevado delante en honra y provecho al padre árabe que emigró a tierra más feliz que su Yemen, al Trópico antillano para procrear estirpe de cafés".

"El café de Puerto Rico es viril por la intensidad con que salta al cerebro apenas bebido, y es femenino por la excitación sin daño que da a su bebedor. Al jazmín se le parece en lo de ser fuerte sin golpear el olfato, y al sentimiento que conmueve y no agita".

Dejo como mío el elogio del bebedor, y veo que me ha tomado el tono de alabanza que tengo al decir las artesanías. Al cabo el café es un trabajador-duende de los nervios y lo más fino que pueda darse entre los operadores de nuestra sangre.

Los toronjales.—Los huertos de toronja se dicen los quintos. Muestran el oscuro-brillante de la vegetación robusta, porque en las plantas una savia demasiado rica ennegrece el árbol enmoreciéndole el color, con lo cual los toronjales tonifican el llano donde el cañaveral adulto lo emblanquecía demasiado, dando a los ojos languidez.

En los lugares donde el toronjal domina, la tierra de la maravilla revuelta que es el trópico—árboles pecho con pecho y resuello con resuello—se organiza romanamente en escuadrón de troncos bajos y gruesos, soldados de espada corta y escudo.

Los toronjales que yo no me conocía, me recibieron en fruto como para curarme gustos sensibleros de floración, y se me mostraron con sus cuerpos ya cuajados de la toronja excesiva y perfecta. Cada uno parecía un carro de tributo romano cargado hasta los topes.

Cuando los pintores de alegoría anden buscando la estampa del árbol-cananeo con el perímetro cargado de fruto; cuando se asqueen de mitología sobajeada y no quieran ya pintar la sabida Pomona del pecho acribillado de frutos, sino al mismo árbol cargado y cargador, que se acuerden del toronjal de Puerto Rico, que cumplirá bien su encargo de estampa de la abundancia. El sostiene cuanto es posible sostener en tributo si no se es un altar de piedra lleno de becerros judíos.

Una fruta casi monstruosa es la que cargan en el millar de globos que de un lado se queman con la lamida del sol hasta quedarse negros, y de otro guardan su color verdadero de miel verdosa, sin rojear nunca como los demás frutos congestionados.

Desde la cabeza a la mitad del tronco, el árbol muestra un estandarte frutal, quieto de su riqueza, y él entero es una especie de Carlomagno frutífero que se exhibe seguro de que no se puede poseer más. No se le desgajan las ramas leoninas y yo no he visto entre cargadores de leña ni de metal uno más cierto que el de que puede cargar sin rasgarse.

El árbol del pan.—El árbol del pan se dice el séptimo. El buen gigantón tiene las hojas en mano mitológica, partida y gozando el aire. Pocas ramas lo asisten lo mismo que a nosotros poco hueso, y por eso es tan humano que dan ganas de decirle "padre"—y se lo han dicho mongoles del otro lado—; carga un follaje escaso que es hermoso de eso mismo, de extender pocas ramas en la luz, donde se las puede contar. El fruto no sabe mucho, sabiendo, en todo caso, lo que la santa harina, y lo columpia grandote, de modo de hacerlo ver al dueño jíbaro para darle la seguridad de su mesa.

Arbol del pan, grande, sabio y sustentador, dotado con virtudes de hombre, yo quiero darle jerarquía en este mundo: primero, la palmera real de Cuba; después la araucaria de Chile; después, y lado a lado, el árbol del pan con la ceiba.

Los "flamboyanes". — El árbol del fuego se pone el octavo, el que lleva nombre español en el Salvador y al que en la Isla le han dejado el apelativo galo, bonito, pero advenedizo, de "flamboyant", que habría que abandonar, amigos míos, porque la planta, tanto como los hombres y las bestias, quiere ser mentada en lengua propia.

Las avenidas de flamboyanes arden cuando viene el buen tiempo de la flor vehemente, y hacen pensar en las avenidas de las hogueras rituales, preparadas para el paso de la procesión sacerdotal.

Los árboles de ramas gesticulantes y áridas dan la floración absoluta sin mezclarla con abundancia intrusa de hojas en un orden de ardor puro y si yo quisiera símbolo para mí y que siendo floral no sea blando, del flamboyán me acordaría, que arde lo mismo que yo, como si Dios nos hubiese hecho a ambos en el mismo momento, a mí con la derecha de hacer criatura, a él con la izquierda de hacer planta.

El cordero de escudo.—Ahora viene como noveno el cordero del escudo. Ocurrencia rara del conquistador, al que le gustaban águilas y leones, este corderito que le dió a Puerto Rico, bien parado sobre el Evangelio.

El cordero industrial, de lanas gordas, eso no, sino un corderito como salido de la boca de Jesucristo en una bienaventuranza, con las patitas finas, el cuello también delgado y un cuerpo solo suficiente. Contento se está allí de que su gente sea dulce, desprovista de voracidad y provista de suavidades, sabiéndose la amistad y regustándola en los días lentos; contento se está de representar una tierra pequeña que, con dos penínsulas oportunas debajo, también se habría parecido a un cordero...

El jíbaro.—Ahora se dice la entraña de la Isla agraria diciendo al jíbaro (1) fundamental, autor del campo, proveedor de todo para sus gentes, excepto de la luz y el aire. Se dice el jíbaro español que vino de una raza hermosa, con cuerpo serpentino de Andalucía, parquedad castellana en el hablar y señorío en los gestos de vivir, y al cual han afeado los patrones con esclavitudes y hambres, y el trópico con sus siete plagas, de manera tan perfecta en la operación demoníaca, que ya nadie sabe que ese hombre de cara amarillenta y esqueleto doblado vino de España como vinieron los otros grasos de las ciudades aprovechadoras. Una se pregunta quién es, no siendo el indio americano ni el negro de las Jamaicas; se entra en sus casas que parecen un coco vaciado y puesto en el barro, y donde caben los seis o los ocho; se le mira en silencio porque quién va a preguntarle nada de su destino sobrenatural de desgracia, si él mismo no puede entenderle, y una llora de él y por él, con el llanto corriendo garganta abajo, para que él no lo vea y no entienda su cabal desventura.

Se dice al dueño de la Isla que no tiene nada en ella aparte de su cuerpo, ni la buena casa, ni la mujer feliz ni los niños sanos. Fructifica la naranja bajo su mano de riego, la palmera entrega cuanto tiene de entregar, y el café no conoce otro curador; pero sus niños ven cómo naranjas y cafés pasan del plantío a cajas y sacos, suben a los camiones y se van por las carreteras blancas al puerto y los puertos, sin detenerse ni por ocurrencia en la puerta de su casa a descargar y proveer.

La tierra labrada hija de la máquina más la mano y de ésta más el alma, la tierra cultivada y culta que casi habla, él sólo la ha limpiado y organizado, y la conoce tanto como el cuerpo de su mujer; el paisaje es voluntad suya después de la voluntad de Dios; el aire del campo no vive conmovido de otra cosa que de sus azadas rítmicas, de sus pies desnudos como el de sus bestias y de las canciones que suele cantar y en las que punza la dulzura de las esclavitudes clásicas—egipcia, hindú o quechua.

Alabando la tierra de Puerto Rico y enumerándole mota a mota los cultivos, quién va a callar a su padre el jíbaro, el cual, como en los mitos, es padre, marido e hijo, todo en una sola pieza.

Olvidado el jíbaro, saltado en los libros de los escritores, tirado fuera del almud de la patria, en cuanto a bullicio o verdolaga, (2) parece que no se acordara nadie de que él existe, sino el Dios

(1) Jíbaro, campesino de Puerto Rico.
(2) Malos pastos.

autor de todas las gentes, que tiene el muestrario de ellas delante de los ojos y en el cual ninguna se le cae ni se le pierde.

Las ciudades.—Las ciudades se dicen las undécimas.

La San Juan de Ponce de León, el que vino a sosegar en la Isla locura de "fuentes de la juventud" que no estaban en ninguna parte y que le cansaron caballo y marchas de a pie; ciudad bien fundada, es decir, bien asentada, con mar ayudador delante y todo el cuerpo de la isla detrás, como está en el barco la proa; luego se dice la Ponce andaluza de clara y de feliz, bien avenida con el calor fuerte que no la descoyunta y que la deja trabajar. La Mayagüez viene aun, la que es tan verde que habría que alzarle el follaje para mirarle la cara del caserío; y las otras y las otras ciudades. Mejores las aldeas que ellas, a veces, por inocentes y por esa integridad de alma antillana, que no se han dejado estropear, viviendo de la toronja solar, viviendo de la caña que es el vestido vegetal de cualquier Antilla; o viviendo del mango o la piña que juegan al duo de las frutas perfectas. Las aldeas y las aldeas hacen el cuerpo de la Isla, y las ciudades son no más que el gesto político burocrático, lo que es bien para país agrario, para país honrado y sensato, sin calenturas industriales, atenido al suelo y seguro de él.

Las costureras.—La puntada duodécima de alabanza para los trabajos de aguja. Las mujeres de Puerto Rico ni son mecanógrafas ni son contadoras ni burguesas de mano sobre mano. Cosen para Nueva York, cosen para las Antillas, cosen para su misma gente. Cortan, y bordan los vestidos tropicales de dichosos colores estampados; hacen las blusas livianas que vuelven a la mujer floral de cuello a cintura, y los primores de aguja absoluta, desde el encaje al recamo, insistiendo en el encaje, en el que repiten su propia luz. De la mañana a la tarde, la máquina corre con ruido sordo-suave de agua más que de rueda. La estampa que yo les he visto es ésta: el busto recto de la obrera como fondo; los ojos de ella puestos sin distracción sobre la tela agradable de aderezar; la canción criolla acompañando la tarea y consintiéndole a la obrera piense lo que dé su corazón, mientras gana la moneda grande, el dólar preciso de que come la vieja que ya no trabaja y el niño que no trabaja aun.

Melodía de máquinas serviciales de parte a parte de la Isla, tan larga como la música de los cocoteros. Diez mil mujeres plantadas como tulipas en el suelo de la Antilla pobre. En el corazón se me aposente y no se me vaya esta música parecida a las otras que llevo: la de los trigales de la Araucania, la del río nativo de Elqui y la de la marcha perdurable de los indios de México.

El San Juan.—El San Juan de la Catedral capitalina se dice el décimo tercio.

Tallado totalmente en un leño, como antes lo hacía el artesano magistral que se nos ha sumido en esta época, sacando frente, cintura y pies de la misma lonja de madera irreprochable, lo quisieron hacer en leño oscuro, casi negro, por acentuación de la fuerza y del denuedo. Es el verdadero Juan del Desierto, con el pellejo de camello cubriéndole con su ardentía el lomo, con el paso sin miedo, bien adelantado, y con el mensaje que casi se le oye en la boca, despeñadora a la vez de la cólera y de la **buena nueva.** Ganas siento de ponérmele al nivel de la boca para que me sople lo suyo, que buena falta me hace; pero está en lo alto y yo me quedo al nivel de sus pies, que no aconsejan sino andar... sin embargo, yo puedo decirle un ruego por su Isla: "San Juan fuerte, no los hagas fanáticos, pero házmelos un poco absolutos para defender ciertas cosas. Ellos te han rezado siempre en español, a ti, santo judío que casi eras español, y quieren seguir rezándote en la lengua en que entregan mejor la entraña suya; ellos quieren guardar su suelo, sabiendo, por el judío entre otros, que es malo perder la tierra asiento de los pies y del alma; y ellos quieren tener la misma honra de la América del Sur, la de ser dueños de sí mismos, que es la mínima posesión que podamos tener en este mundo".

La lengua.—La lengua no se me quede sin decir, la vieja habla de Castilla guardada en los recovecos de las colinas, más pura que en nuestros valles abiertos de la América del Sur, donde la tradición se evapora con las aguas a ojos vistas; el viejo español pimentado de no sé qué clavos de olor costumbristas que no se hallan sino en la Isla leal, con no sé qué anises de familiaridad que los pueblos duros del Sur hemos perdido y que el acucioso Navarro Tomás anda recogiendo aldea por aldea como recogen los hijos las prendas de la madre en casa de parientes, donde bien se las guardaron.

Pero mejor que la carne de la lengua es todavía el dejo con que se la dice, la garganta enmielada por donde ella pasa perdiendo durezas de hierro peninsular que no caben aquí, en una luz tan dulce, y que no sirven en razas sin soldados y sin pujo voluntarioso. En ninguna parte oí más tierna la santa lengua mía; habiendo vivido entre tantas gentes, ninguna me bañó como ésta el corazón de las mieles morales de la casta. Para que yo entendiese hasta dónde llega la dulzura del idioma, cuando él quiere; hasta dónde él, que hizo el bronce cuando era trance de bronces, hace el óleo y se puede pasar, si la ocasión es de piedad, al bálsamo consumado de la consolación.

Gabriela Mistral

Santa Margherita, Dic., 1931.

León Luis (1)

= *Envío del autor.*—México, D. F. =

Ocho de la noche. Llueve a cántaros. Perdida en la oscuridad, se oye una voz.

—Buenas noches.

Pasó rato, y de nuevo:

—Buenas noches.

Los perros, aún amarrados al tramojo, con sus ladridos feroces y jalones, hacían estremecer el rancho de madera.

Todavía más fuerte, repitieron:

—Buenas noches.

—¡Hablan, Quirino; asómate!—dijo alguien dentro de la cocina, y una silueta pasó rápida entre el claro luminoso de la puerta, volviendo luego.

—¡Llueve a chorros, l'amo! Es León Luis, del pueblo del Rincón.

—¿Qué quiere ese indio matrero?

—Pregunta por asté... ¡Cállate Coyote!

El mismo hombre que ordenara y que estaba calentándose embozado en el fogón, en compañía de varios gañanes, con toda calma, levantóse del banco rústico de tronco, y mientras lo hacía, una palabra dura brotó de sus labios vigorosos. Ya en pie, fué a donde lo llamaban.

—¿Quién me busca?

—¿Este es el Rancho de Laguna Seca, de los Guadarrama?

—Padres de más de cuatro. ¿Qué quiere?

—Asté es...

—¡No le importa! ¿Se le ofrece algo?

—No se puede seguir. L'agua trozó el camino y...

—¿Viene a quedarse?

—Si su mercé...

—Ta bueno. Quirino; llévatelo al pajar... ¡Esperen! ¿No apetece un jarro de café o pulque? Entre. Ha de estar empapado. Alárguese un banco a la lumbre; haga rueda pa que se le seque la ropa y se desentuma.

—Muchas gracias; aquí no'más, porque me tuygo.

—Ande; sin pena. ¿Quiere una gorda con picante? ¡Ramona! Enchílate otra y descuelga un tasajo de cecina. Traite también un jarro de pulque, del fuerte... ¿que hay por áhi? ¿Qué dicen?

—Vengo de la cienda la Davia. Fuí al arreglo de lo del Rincón.

—¿Sigues con el pleito?

—Ahjá.

—Cargado, como buen indio.

Hubo un silencio de meditación. Luego, el ranchero, como si continuara sus ideas, preguntó:

—Oyeme, León. ¿Qué demontres hay de cierto en ese chisme? Unos cuentan que tienes razón; otros, que eres un sinvergüenza vividor.

El indio León Luis, arrugó con violencia el entrecejo y se quedó con los ojos acerados prendidos en los serenos de su interlocutor. Después de sostenerlos penetrantes e inquisitivos, repuso:

—Tú eres arrendatario la cienda, verdá? Nosotro no. También eres hijo, como quien dice, de español por tus agüelo dijunto y por parte de padre. Los del Rincón semo indio puro. Tú eres de

(1) Mi personaje es auténtico; fué uno de los primeros agraristas en el estado de México.

ayer en este páis y los naturale nacimo con la tierra y semo dueño d'lla, como ella de los nacodoche. Tú paga por la siembra de todos los año y te queda tan probe como tus finado a pesar del sudor, y los propietario la cienda pasea y gasta. Nosotro no tenemo necidá de la parcería y en mantener a flojo, porque la tierra es legítima hasta por título dende el Padre Quiroga, pero los gachupine y licenciao la cogieron a la mala y en deay la heredaron los dueño presente, pero ya tú sabe aquello: onde se jalla el mula robada, se quita.

Como tú, todos los que tiene sangre regüelta, está contra los indio, porque piensa que los naturale semo tonto sin razón, pero se quivoca redondamente. El que no la tiene, son ello y con el tiempo y pacencia lo sabrá; cuando sólo se jalle por este rumbo, indio.

Pero qué te diré a ti que eres leído y sabes cuánto daño ha causado los antiguo la cienda al pueblo. Ademá de quitar las tierra,—no más porque se le hincha el gusto y pa la iglesia y las ánima del Purgatorio—a mí tan sólo ha matado a mi tata dijunto. ¿Piensa que eso está bien? Crio'que no y eso tendrá que pagar muy caro, aquí y en cualquer terreno. ¡Tú acordará mi hijo Gregorio? Pos has memoria lo que hicieron d'el: salió un domingo a buscar ramitas al cerro pa'que su madre le echara unas gorda, pero uno de los dueños la Davia, el administrador y los mozo des'tribo, con todos los perro la finca, el mesmo día se metieron al monte, que pa cazar venao, puerco jabalises, ¡qué se yo!, y lo único que mató l'infame jue a mi probe hijo... ni ropa dejaron los maldito perro... pero ¡como jue una desgracia, asigún ellos!, el gobierno ni chistó.

También te acuerda la Petra de Jesús? En el mesmo paraje, adespués de forzarla, le caparon como si se tratara de una puerca y... ¡los mesmo perro! ¡esos perro del diablo!... ni rastro dejaron.

El indio de rostro cobrizo, baja los ojos frente a la remembranza, rechina con furia los dientes, oprime los puños y murmura:

—¡Nusdito ixcua!

Todos los circunstantes labriegos se pusieron silenciosos, llenos de extraño sobresalto. De pronto, León Luis, como si olfateara algo en la noche tormentosa y a igual que un lebrel, levantando la cabeza con rapidez, suspendió la respiración para escuchar mejor los ruidos de fuera.

En ese momento, uno de los perros lanzó un aullido y los rancheros se quedaron viéndole con atención. El indio, casi de un salto, se puso en pie; extrayendo su machete garabato que ocultaba debajo del sarape, de otro brinco estuvo fuera de la cocina. Lacónicamente, al salir, dijo:

—Buenas noches.

Los canes continuaban ladrando incontenibles, pretendiendo seguir al fugitivo.

Transcurridos minutos de esta escena rápida, se oyeron disparos y gritos.

Guadarrama y los peones, violentamente quedaron en pie, saliendo después tras la huella del nativo, pero antes de abandonar el jacal, el dueño ordenó:

—Suelten los perros—y ya hecho, fueron al lugar de la tragedia.

León Luis, en su agonía, arrojaba borbollones de sangre por las distintas heridas, y su adversario, un vaquero de la hacienda, con el cuello rebanado por rudo machetazo, yacía a distancia.

—¡Qué brutos!—dijo Guadarrama. ¿Ya ven? Pues no fué únicamente el caporal quien lo asaltó. Fíjense en el pedazo de género que tiene el machete y en la otra herida del vaquero. Es de bala, y el indio no traía pistola. Despachándose el amo a los dos, todo quedaba oculto, pero no sucederá.

Gua gua gua gua gua gua, de pronto se oyó a lo lejos.

—¡Qué les dije! Ya lo pescaron; si no, me quito el nombre. Quédate aquí, Simeón; y ustedes, síganme.

A poco, estaban de regreso; traían a empellones a un hombre, todo enlodado, las ropas destrozadas y los cabellos en desorden por la violencia.

—Quirino, ensilla los caballos; vamos a entregar el patrón al Auxiliar, no tiene remedio, es nuestro deber.

Alfonso Fabila

Orientaciones

= Envío del autor. Buenos Aires, julio de 1932 =

SPENGLER Y LA AMERICA LATINA

Spengler se reveló al mundo hispanoamericano con su obra maestra "La Decadencia de Occidente". Ha publicado últimamente otro gran libro "El Hombre y la Técnica". Ambas obras sirven para orientar la opinión en este momento de desquiciamiento de la civilización creada en el mundo occidental, particularmente Europa. Spengler es pesimista y no todas sus ideas pueden ser admitidas sin una discusión previa. Uno de los principios creados por el pensador alemán es el de que toda la historia es una sucesión de ciclos culturales; no hay—según él—historia antigua, media y moderna, sino nada más que ciclos culturales. Con una vasta erudición nos hace un esquema de los ciclos culturales en la historia de la humanidad desde que la inteligencia del hombre tuvo conciencia de su propia civilización. Llega finalmente a la triste conclusión—triste para nuestra generación, de que en este momento nos acercamos al final de un ciclo cultural. Según Spengler, lo que fué y lo que es, ya no será. Quién dará origen al nuevo ciclo cultural? Y por qué es que llegamos al final de un ciclo cultural? Según él la máquina y el materialismo es la mejor prueba de que venimos en decadencia. Cree él que aquellos pueblos ausentes del fracaso de nuestras instituciones actuales, serán los que den principio al nuevo ciclo cultural. Quien, por ejemplo? El mismo cree que Rusia. La gran masa del pueblo ruso que antes fué un pueblo esclavo y que hasta hace un momento vivía al margen de nuestra forma de vida en Occidente. Europa ha terminado, Rusia se levanta.

EL CASO LATINOAMERICANO

Es interesante (particularmente para los hispanoamericanos) escuchar la opinión a este respecto de un humanista argentino, el Dr. Ernesto Quesada, que opina sobre el particular en la siguiente forma: que siendo cierto lo que pronostica el gran pensador alemán, entonces también sería posible que el nuevo ciclo cultural tuviera su origen en la América Latina, puesto que también aquí hay varios millones de hombres (los indios nuestros) extraños por absoluto a lo que está pasando actualmente en el mundo. Estos indios, restos de grandes civilizaciones precolombinas, nada entienden de nuestras costumbres, instituciones, leyes, a veces ni el idioma de nosotros, los que hemos adoptado la cultura europea. Han vivido, por decirlo así, en una era de descanso. Ellos, con una visión refrescada y nueva, podrían crear quizás el nuevo ciclo cultural. Quizás habría que esperar algunos años, habría que esperar a que un nuevo espíritu de iniciativa naciera en ellos. Pero en todo caso quien conozca a fondo las grandes civilizaciones azteca, inca y sobre todo la maya, que fué la más refinada por sus muestras de arquitectura, escultura y arte, superiores en muchos aspectos a la civilización española, no puede suponer que los descendientes de aquellos hombres saen incapaces de crear en la América Latina el nuevo ciclo cultural, tanto como la masa del pueblo ruso es capaz de ello, según la opinión del propio Spengler. Esto nos probaría a nosotros, los hombres latinoamericanos que vivimos tan afanados con el estudio de la cultura europea, que el verdadero filón en que debemos empeñarnos es en desenterrar la civilización precolombina de América y echar raíces en ella para crear un nuevo tipo de civilización. Hace unos días lo acaba de repetir el sociólogo francés Siegfried, que visitó a Sud América.

Arturo Mejía Nieto

Gymnasium

= De *Luz*. Madrid, 17 de agosto de 1932 =

Un amigo mío ha dado una vuelta por Europa; se ha detenido una temporadita en Mademburgo, capital de Hibernia; ha regresado a Madrid. En Madrid he tenido el gusto de encontrarle y departir con él; hemos mantenido una amena charla. Naturalmente, le he preguntado qué novedades encontrara en Mademburgo. Mi amigo me ha dicho que lo más notable que había visto en la capital de Hibernia era una nueva y sorprendente institución. Contaré yo, como si fuera mi amigo, la visita a esa insttiución.

La casa está situada en las afueras; la cerca un extenso parque. Encima de la puerta, en el dintel, se lee: "Gymnasium". Todo respira en la casa silencio y discreción. La edificación es sencilla, de piedra, con entrepaños de rojo ladrillo. El director de la escuela—un gymnasium es, como sabe el lector, una escuela—es un hombre amable, cortés, un tanto escéptico. Este rasgo de amable y elegante escepticismo es lo que me llamó más la atención en este caballero. El presidente del Consejo en España ha estado fumando un cigarrillo en el balcón en tanto que estallaba una sedición en las calles; este caballero no daría tampoco importancia a las ametralladoras. Como Quevedo, en su senectud, el director del Gymnasium podría decir:

Menos que el remo en el mar,
menos que en el aire el ala,
en mí se imprime o señala
nuevo placer o pesar.

Me recibió muy amablemente el director de la escuela, o sea gymnasium; me hizo sentar en su despacho y me dijo:

—La creación de esta escuela—que se debe a opulentos españoles—era una necesidad irremisible; no se podía ya pasar sin su fundación. Usted sabe que todo en la vida moderna se hace científicamente; hasta las funciones fisiológicas, como el dormir, el comer y otras, se deben hacer según pautas científicas. Todos los que realicen alguna de esas fisiológicas funciones, según su placer y de un modo atropellado, pecan contra el espíritu moderno; es decir, contra la ciencia. Todo es ciencia en la vida de los hombres modernos. Y si se hace con ciencia una función orgánica, ¿cómo no vamos a hacer con ciencia una revolución o una contrarrevolución? Los españoles dan ahora el título de disturbios o de "graves sucesos" a cosas que no son más que rebullicios o bullangas. El señor ministro de la Gobernación debe preocuparse, con respecto a cierta prensa, de esta cuestión de vocabulario. No puede ser un "grave suceso" lo que no pasa de la categoría de bullanga. No puede ser una contrarrevolución tampoco lo que no es más que un modesto rebullicio. Esta escuela viene un poco retrasada; el Gymnasium debió fundarse meses antes; pero, de todos modos, la fundación puede ser beneficiosa.

Al decir esto, el director lanzaba al aire una bocanada de humo, como un gesto—no sé si me equivoco—de incredulidad y de elegante desdén. Luego prosiguió:

—Para la fundación del Gymnasium hemos traído técnicos de Rusia; en Rusia es donde más se ha adelantado en estas materias. Muchos españoles de las altas clases acaso no tengan más idea de Rusia que la que se refiere a las carteras y tarjeteros. Ahora van a tener otra; van a tener la que les proporcione esta escuela. Y hace falta que todos los que se preocupan de la contrarrevolución lleguen a tener un conocimiento científico del hecho de fuerza. Usted sabe que Cornelio Tácito se casó con una hija del conquistador de Inglaterra Gneo Julio Agrícola. Tácito era cónsul el año 98 de nuestra era. Por lo tanto, se puede decir que el gran historiador pertenecía a la generación del 98... pelado. No olvidemos que España era entonces una con Roma. A la misma generación pertenecía el español Trajano, natural de Itálica, que fué en ese mismo año del 98 elevado al solio romano. No extrañe usted que haga esta digresión de cosas del Lacio; el título que hemos puesto a la escuela es latino. Y, además, para hacer una revolución o una contrarrevolución es preciso, como dice el vulgo, "saber mucho latín". Pues, como iba diciendo, Tácito, que se casó con la hija de Gneo Julio Agrícola, escribió una semblanza de su suegro. Y en ella, en el pasaje que comienza: "Credunt plerique militaribus ingeniis subtilitatem deese", afirma que, generalmente, se dice que los militares son menos agudos que los civiles; pero que no es cierto, puesto que lo que pasa es que, ocupados los militares en cosas de la milicia, no pueden entregarse a las sutilezas a que se entregan los togados. En tiempos de Tácito no todos los militares podían enterarse de las cosas; lo mismo ocurre ahora; igual les sucede a los paisanos. Y para que se enteren unos y otros es para lo que se ha fundado esta escuela. Y no le canso a usted más; pasemos a visitarla.

Hemos comenzado a recorrer el edificio. En la puerta de la primera aula en que hemos penetrado ponía: "Planes".

—Esta es la cátedra de planes—me ha dicho el director—. Aquí se estudian los diversos planes para el hecho de fuerza. No se puede ir a una revolución o contrarrevolución sin un bien madurado plan. El plan puede ser de varios pergeños. Unas veces convendrá el que diversos núcleos que se ignoran unos a otros entren sincrónicamente en acción. Otras acaso convenga simular un plan embrionario, que sea descubierto con facilidad por la Policía, como un cebo que se echa a un pez, y hacer otro plan, que será el verdadero y el que haya de llevarse a la práctica. El técnico ruso que regenta esta cátedra es hombre de consumada ciencia.

La segunda cátedra en que penetramos estaba toda cubierta en sus paredes de mapas de ciudades y planos de edificios.

—Esta es el aula de los "Centros vitales"—me dijó el director—. Aquí se enseña que cuando se tiene un plan hay que conocer minuciosamente los centros vitales, importantísimos, de una ciudad. Sería altamente ridículo el que los elementos que fueran a apoderarse de un centro oficial se detuvieran en la puerta, a la manera de visitantes tímidos y asustadizos, por desconocer el edificio. Lo malo en la ocasión presente, y se lo digo a usted con toda reserva, es que los hombres que en la actualidad se encuentran al frente del Gobierno español han sido cocineros antes que frailes, es a saber, que conocen, por haberlas practicado, todas las artes sutiles y complejas de la conspiración. Sin embargo, en esta materia hay una falla, y es la del aviso que a las muchedumbres y fuerzas defensivas ha de darse antes de que los revolucionarios se apoderen de los centros vitales. El sistema de mensajeros enlazados unos con otros, aquí, en confianza, me parece lento. Sería preferible, como ha propuesto un compatriota nuestro, el sistema de sirenas, o bien el de chupinazos o cohetes especiales. En fin, eso es cosa que no a nosotros, naturalmente, sino a ustedes, corresponde.

La tercera cátedra que visitamos fué la de "Psicología". Conocer esta ciencia es importantísimo en una contrarrevolución. No se sabe quién, de los comprometidos, responderá cuando llegue el trance fiero. No se sabe si quien hace ahora alardes de valentía y lealtad estará en la calle a la hora convenida. Casi todos los hechos de fuerza fracasan por falta de conocimiento de la psicología de los conjurados. Son muchos los comprometidos y pocos los que responden. En la cuarta cátedra visitada se estudia "Estrategia femenina". Las mujeres han desempeñado un brillante papel en las conspiraciones; en la pasada guerra mundial también prestaron importantes servicios; lo que es difícil para un hombre lo hace con facilidad una mujer. Siempre hay comisarios de policía románticos y enamorados. Llevar una orden a unas fuerzas comprometidas o pasar la frontera con una misión son cosas que una mujer bonita y elegante puede hacer sin infundir sospechas. Y hasta es posible que un agente de vigilancia incauto se preste él mismo, por cortesía, a ser el portador de un encargo, carta u objeto, que él mismo ignora lo que es y lo que representa. Hay que tener cuidado con las señoras. Todo buen policía debe guardar en la memoria ese letrerito que ponen en las puertas recién pintadas—Cuidado con la pintura—para, por analogía, acordarse de las señoras peligrosas. La postrera cátedra que visitamos fué la de "Subsidios". Atañe a esta asignatura el acopio de numerario destinado al hecho de fuerza. Sin dinero no se hace nada. Y en los tiempos modernos hace falta mucho dinero para realizar una verdadera contrarrevolución.

Amable en extremo estuvo conmigo el director del Gymnasium. Al despedirme,

Los apristas peruanos informan y dan las gracias

= Envío de M. Portal. Lima =

PARTIDO APRISTA PERUANO
COMITÉ EJECUTIVO NACIONAL
SECRETARÍA DEL EXTERIOR

Lima, 1.º de setiembre de 1932.

Sr. don Joaquín García Monge.
Director de **Repertorio Americano.**
San José. Costa Rica.

Con legítima satisfacción hemos visto los apristas la campaña de divulgación y de defensa que su prestigioso semanario ha realizado en pro del Partido Aprista Peruano y de su Jefe, Haya de la Torre, hoy prisionero del gobierno de la tiranía civilista.

No podía faltar su voz, ni la de **Repertorio** en el concierto de protestas que se han levantado en todos los países de América Latina, repercutiendo en la misma Europa y Estados Unidos de Norte América, por los crímenes que en forma realmente desconcertante, viene ejecutando el régimen en el poder. Por ello debemos a Ud., don Joaquín García Monge, tanto como a los intelectuales y americanistas de todo el mundo, nuestro agradecimiento profundo.

En efecto, desde que se instaurara el gobierno civilista del comandante Sánchez Cerro, el Aprismo peruano ha tenido que soportar toda suerte de atropellos y vejámenes, de los cuales ha dado cuenta ya el cable, pese a todas las restricciones, los mismos que han tenido su sangrienta culminación en la masacre ejecutada en Trujillo y Huarás, donde han perdido la vida a manos de la soldadesca gobiernista, no menos de 3.000 personas, entre hombres, ancianos, mujeres y niños. Hecho tan brutal no registra la historia de América hasta el presente, a pesar de sus tiranías odiosas.

En medio del duelo del Perú entero, los apristas hemos recibido sinceramente conmovidos las demostraciones de protesta de los pueblos cultos y en especial de los hombres más representativos del pensamiento libre de Europa y América. La amenaza que sobre la vida del Jefe Aprista, Haya de la Torre, pesaba por las maniobras siniestras del civilismo, es otro de los hechos que más han conmovido al mundo, y por el cual hombres e instituciones se han dirigido al gobierno y al Congreso Constituyente del Perú reclamando el respeto a la vida y la libertad del líder aprista. Costa Rica también ha levantado su voz por medio de su Representación Nacional, haciendo idénticas demostraciones en favor de un hombre que todos los intelectuales europeos y americanos conocen como sinceramente entregado a la causa de la emancipación de su pueblo.

Como es de suponer el civilismo no ha recibido con simpatía estas demostraciones de solidaridad para con los hombres que representan en mi país una doctrina nueva, que viene a echar por tierra sus viejos privilegios de casta asentados sobre bases injustas. Es por esto que el órgano oficial del gobierno, "El Comercio" ha procurado ocultar la propaganda que en defensa del Aprismo se hacía en el exterior, lanzando cuando ya le era imposible callar, adjetivos rencorosos contra hombres e instituciones prestigiosas y aún contra entidades representativas de pueblos a los cuales nos ligan profundos lazos de amistad. Todo el mundo conoce el entredicho surgido a raíz de la prisión de Haya de la Torre, con la Representación diplomática mexicana y la ruptura de relaciones con dicho país, que evidentemente ha demostrado su repudio a los métodos tiránicos del actual gobierno y su simpatía por los apristas. Caso idéntico ha sucedido con la República Argentina, donde se ha realizado una de las más intensas campañas de prensa a favor del Aprismo y de su Jefe perseguido, llegando hasta a aprobarse por unanimidad la moción presentada por el diputado Dr. Bunge, pidiendo la libertad de Haya de la Torre al gobierno del Perú. Esto dió margen a que se suscitara una situación difícil entre la Representación diplomática del Perú y la Cancillería argentina, que sólo pudo solucionarse cuando el gobierno del Perú desautorizó la gestión de su Embajador en la República Argentina. Los representantes diplomáticos de la tiranía peruana no han podido sentirse cómodos ante hechos de solidaridad con el Aprismo como los señalados y han procedido a presentar absurdas reclamaciones, basándose en cínicas suposiciones sobre nuestra doctrina económica, las mismas que no han encontrado eco en los países hermanos, sino todo lo contrario.

No es pues extraño que el civilismo por medio de su órgano "El Comercio" juzgue acremente a quienes han demostrado su aprecio por el Aprismo y por los apristas y conceptúe de "intromisión inadmisible" la protesta que hombres e instituciones lanzan contra el régimen civilista, en nombre de los inalienables derechos de la Humanidad y de la Civilización.

Nosotros los apristas sí creemos que es un deber de los pueblos de América Latina, con verdadero sentido de la democracia y los derechos ciudadanos, el intervenir en los asuntos internos de nuestras Repúblicas si con ello ha de evitarse que continúe cometiéndose un crimen monstruoso como es el asesinato en masa de los pueblos del Perú que repudían el régimen civilista. Del mismo modo y con los mismos derechos los gobiernos de América se han opuesto al desencadenamiento de la guerra entre Bolivia y el Paraguay. El Perú vive horas luctuosas ya que se pretende exterminar al Aprismo, sin pensar en que el Aprismo representa la absoluta mayoría de los ciudadanos peruanos que desde hace 50 años rechazan la imposición tiránica de los gobiernos civilistas, representantes de la casta oligárquica de los gamonales y aristócratas peruanos. Defender al Aprismo es pues un deber imperativo de cuantos, hombres o instituciones, propugnen el respeto a los derechos del pueblo y el establecimiento de una verdadera Justicia.

Al agradecer a Ud., don Joaquín García Monge, la participación que ha tenido en esta demostración continental de aprecio a nuestro Partido y a nuestro Jefe, queremos también hacer pública nuestra gratitud a la Cámara de Diputados de su país, por la moción que en favor de la vida y de la libertad de Haya de la Torre aprobó unánime. Y en especial al diputado Gral. Volio y al Representante Padilla por ser los firmantes y sostenedores de dicha moción.

Con respetuosos saludos nos suscribimos de Ud. atentamente,

M. Portal,
Secretario del Exterior

M. Vázquez Díaz,
Secretario General del C. E. N. del P. A. P.

Gymnasium...

(Viene de la página anterior)

cuando me estrechaba con efusión la mano, me dijo:

—Sólo nos falta una asignatura. No la tenemos, y es como si no tuviéramos nada.

Bajó la voz y, al oído, me dijo cuál era esa asignatura. Mi amigo me lo dijo a mí también en secreto. Yo en secreto se lo digo también al lector. Esa asignatura que falta en el Gymnasium es la de "Multitudes".

Azorín

INDICE



La crisis económica y el maquinismo

= *Envío del autor.*—San Salvador, El Salvador =

Se ha querido atribuir al maquinismo el origen de la crisis económica. Creemos que se trata de una suposición arbitraria, sin fundamento en la ciencia. Los ciclos económicos existirían aunque no hubiese maquinismo, aunque el hombre estuviese produciendo con sus manos, como en épocas de barbarie. Lo que el uso de la máquina acarrea es una mayor productividad del trabajo; y gracias a ello ahora no puede haber hambre en el mundo, y las crisis económicas son crisis de superproducción.

El maquinismo libera a la humanidad del espectro del hambre. Gracias a las máquinas el poder productivo del hombre se ha centuplicado, y gracias a las máquinas las relaciones entre los distintos pueblos de la tierra se han estrechado, hasta convertir el planeta en el hogar de una sola familia. Una cosecha cuantiosa de trigo en Rusia, en Canadá o en la Argentina, mueve el indicador de los valores en todos los mercados del mundo, con absoluta y matemática exactitud. Puede la naturaleza negar a un país la lluvia necesaria para levantar las cosechas, pero los medios de transporte, no digamos entre pueblo y pueblo sino entre hemisferio y hemisferio, son tan perfectos, tan poderosos, tan eficaces, que la espiga de Australia sirve para mitigar el hambre en Europa.

Maquinismo, de que blasfeman los incomprensivos de la transformación social, significa eficiencia del trabajo humano, elevación de la especie. No se reduce simplemente a lograr que una hectárea de tierra rinda tantos hectólitros de avena, o que una máquina de tejer entregue tantos metros de tela acabada. Máquina, es decir, instrumento de que se sirve el hombre para defender su vida, para ampliar su vida, para afirmar su hegemonía sobre la tierra, para prestar mayor impulso a su vuelo intelectual, es también la prensa que multiplica las palabras escritas o dichas por los sabios, el bisturí que salva una vida, la onda invisible que lleva el angustioso llamamiento de la nave perdida entre la borasca.

Con o sin maquinismo, tendríamos ciclos económicos, es decir, variaciones entre la productividad de hoy y la de mañana; entre los precios de este momento y los precios de después. Trabaja allí un factor desconocido que está más allá del poder humano. Pero con maquinismo sabemos que estos ciclos no se resuelven con explosiones de hambre, de carestía total, sino con superproducción.

Naturalmente, la máquina, cuando llega por primera vez, desplaza a más de un trabajador. Si la irrupción de un nuevo mecanismo significa el desplazamiento de masas considerables de obreros, como aconteciera con la introducción del telar mecánico, corresponde al Estado señalar un plazo para permitir la nueva máquina a fin de que las clases obreras no sufran quebranto. Esta limitación, sin embargo, no deberá llevarse jamás al extremo. El individuo no tiene derecho a negar el progreso social. La redención misma del trabajador exige al estado moderno conformarse a la evolución de la técnica de la producción industrial y obedecer al precepto excelso de impedir, a toda costa, en obsequio de la dignidad misma del hombre, que el "trabajo que pueda hacer una máquina, sea realizado por un hombre".

Ahora, para quien analiza la cuestión social desde un punto de vista elemental, lo lógico es clamar contra la máquina, cuando sabe que con ella se pueden producir más zapatos, o trajes, o artefactos, que por medio del trabajo manual. Y cuando llega un pánico industrial, la suposición inocente es que las máquinas están haciendo las cosas, y como las máquinas no comen, la superproducción aumenta y los trabajadores se quedan sin trabajo.

Pero no advierten que si es verdad que la máquina viene a sustituir brazos humanos, esos brazos encuentran destino en las múltiples necesidades humanas que nacen cada día gracias al desarrollo industrial. El número de hombres que ahora se dedican a construir máquinas, radios, automóviles, arados, fonógrafos, etc., es inmenso, e inmenso el número de aquellos que tienen que servir en distintas necesidades creadas por el mismo maquinismo, y como resultado de la plusvalía creciente del trabajo del hombre.

Con máquina o sin ella, la civilización contemplará las subidas y los descensos de los valores.

N. Viera Altamirano

Setiembre, 1932.

El santero don Julián

= *Envío del autor.*—Santiago de Chile. Setiembre, 1932 =

Cerquita, más allá del sequión, hacia el lado donde el sol se acuesta,
en una casita de adobes, sin siquiera revoque de cal,
vivía el santero don Julián.

Recuerdo que era de color bronceado, los dientes ralos
y los ojos legañosos, con los párpados revueltos, colorados.
Cojeaba del reumatismo, tenía las manos tullidas
y fabricaba dioses con esas manos viejecitas.

La casa no era sino un cuarto dividido por cortina mugrienta.
Atrás, fuera del cuarto, el gallinero y una perra sarnienta.
Yo era amigo de Ajiseco, el gallo de pelea de don Julián.
Vivía amarrado al pie del catre como el perro de San
Roque: cabeza fina, agudos espolones y jubón de candela.
Era el clarín del vecindario: daba las 5, daba las 6.
No cubría las pollas.—¿Por qué le pone traba don Julián?

El techo de la casa en ángulo era de paja,
en la puerteja una cruz de flores secas para espantar a las brujas
y encima de la techumbre las nubes, maravillosas ubres repletas.

Cuántos años tendría yo? Cuántos años don Julián?
A juzgar por sus dedos mil años, a juzgar por mis miedos 7 años.
Cuántos Cristos, Dios mío, rociados por el suelo!
Cuántos ángeles gordos como fetos, feos, impúdicos, sin sexo!

Me escalofrío cuando pienso en aquellos Santo Cristos!
Los tallaba en madera de sauce con formón.
Enseguida los cubría con músculos de yeso,
—el yeso a veces lo mojaba en los labios resecos—
y pintaba— a los Cristos!—sonrosados con carnes de aurimelo.
Pero las llagas, qué tremendas! Parecían alaridos!
Y las rodillas con soyos azules, y las ojeras moradas.
Me espantaba la indiferencia con que manipulaba sus Cristos.
Por unos cuantos soles para chicha.
se los llevaba como en pañales, envueltitos.

Una vez se cortó con el formón no sé cual mano.
Mi mamá lo curaba. Santa paciencia! (Era el doctor del vecindario).
No recibía dinero. Nos traían ciruelas, palomas, dalias rellenas.
La dulzura de doña Victorita—así llamaban a mi madre—
limaba aristas de lágrima, vencía las gangrenas.

Ahora que me acuerdo, don Julián tuvo una hija, la Manuela.
Mi mamá no me quiso decir nunca de qué se murió.
Pero un día sentí llorar una guagua detrás de la cortina.
—Es un recuerdo de la tal, hija de tal, me dijo don Julián,
ojalá se la cargue el Diablo, todas son tan...

Otra vez mi mamá le encargó a don Julián
que nos hiciera un burrito y una vaca así de grandes.
Día a día fuí a ver cómo le nacían las patas.
Eran horribles. Pero yo le decía: Están muy lindos, don Julián.
Cuando ya estaba armado el nacimiento: trigos en tazas sin asa,
linaza en cajas de sardina, el Señor San José con su sonrisa
consentida
y el suspiro de la Virgen al recordar la Palomita—
se nos llenaba la casa de vecinas con sus niños—dioses cholitos.
Yo había hecho esas casas de cartón con tantas ventanitas,
y esos lagos de espejo, lo fácil que me era hacer patitos...

En Reyes, a veces, mi papá
se prestaba de alguna comadre, un caballo grande y un chiquito
y me llevaba hasta Tiabaya a sacudir los perales.
Claro que yo nada sacudía—no soy el viento!—y a mí sí me sacudía
el caballito.

Oh, qué grande era el mundo y cómo trotaba el maldito!
Me daba vueltas el sistema planetario, pero tenía un coraje!
—Vas bien?—decía mi padre.—Claro que sí, perfectamente.

En Tingo tomábamos Kola y a nosotros nos tomaban los mosquitos.
Veraneaba allá mi prima Isela, gorda, fresca.
Me miraba dulcemente las polainas y se quedaba en el reflejo.
Al volver me dolía el caballo y me dolían sus ojos negros.
La noche borroneaba los caminos, la luna enseñaba los cuernos.

Alberto Guillén

EDITOR:
J. García Monge
Correos: Letra X

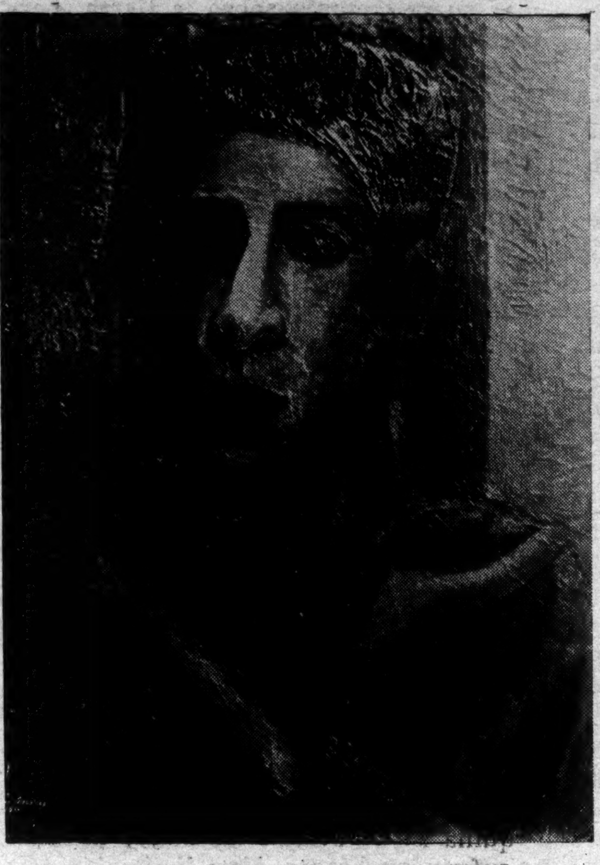
REPERTORIO AMERICANO
SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Suscrición mensual, ₡ 2.00
EXTERIOR: (El semestre, $ 3.25 / El año, $ 6.00 o. am.)
Giro bancario sobre Nueva York.

David Alfaro Siqueiros y su "revolucionaria pistola de aire"

= *Envío de la autora.*—Los Angeles, California. Agosto de 1932. =

En dos semanas con tres pistolas de aire y veinte pintores norteamericanos, David Alfaro Siqueiros terminó el fresco de la "Chouinard School of Art". Medida exacta: **veinte pies por veinticinco**. Tema: **un mitin obrero**. Elementos: pistolas automáticas, motores, esténciles de metal y teorías revolucionarias. Declarando que el "fresco mexicano" es inadecuado por lento, por místico y por arcaico en la ciudad vertiginosa y violenta del capitalismo. Donde se levantan rascacielos en yeinticuatro horas no es posible instalar el fresco romántico de tres, cuatro y diez años. Y agrega: **a nuevos elementos nueva técnica**, de ahí que descubre que el fresco mexicano, hasta hace pocas horas tenido por él mismo como revolucionario, resulta místico, místico por su forma, por sus colores, por su composición, por su realización. Los nuevos elementos, confiesa él mismo, le han abierto un mundo nuevo, una estética insospechada, recortada, firme, eléctrica, definida y concreta: es la estética de esta época, es **la estética de la nueva sociedad que llega**. Es la estética de la propaganda política; por lo rápida, por lo concisa, por lo exacta. Sus "sketchs" los constituyen claras y perfectas fotografías, las cuales según él han sido usadas hipócritamente por los pintores desde hace cien años. El y sus discípulos, se han dirigido a los fantásticos campos de petróleo de California y han arrancado la dinámica formidable de las torres de hierro, de las palancas y de los motores. Han ido a los mítines, a los estadios, a las fábricas, al mundo de los nuevos elementos, de la nueva belleza, de la nueva plástica, y han arrancado el detalle, el conjunto, la gravedad y el dinamismo. Y hay que verlo ahora en acción: lo rodean 20 hombres, todos ellos pintores profesionales y de los más importantes de los Estados Unidos. Disciplinados y atentos a este mexicano de romántica y agresiva cabeza, que vino a descubrirles los elementos maravillosos de un nuevo arte, más grande y más completo. Elementos que antes permanecían, oscuros, ignorados, utilizados solamente para los más domésticos y prosaicos servicios: pintar puertas, automóviles, cuartos de baños... Su perplejidad ha sido tremenda, el mejicano se mueve diestramente entre el traquetear jubiloso de los tres motores, vuelan los esténciles de papel y cartón de los primeros días; ahora los desplazan los esténciles de metal y celuloide, grandes trazos, grandes masas, ritmos, composición y la obsesión arquitectural de Siqueiros. Por eso nos encontramos ahí, con Neutra y con Spolding, los más famosos arquitectos norteamericanos, inquietos y decididos a apoyar al revolucionario pistolero. Toda clase de gente desfila por el famoso fresco de la Chouinard School. Pero la terminación del fresco reservaba una sorpresa un tanto peligrosa para Siqueiros y un tanto agria para la celestial burguesía californiana. Las cosas iban muy bien, la primera semana hablaba el "Times" y decía que Siqueiros era "el genio de la época", que "era el más revolucionario de los mexicanos", y los cronistas, y los fotógrafos y los arquitectos y los pintores y las ancianas dinámicas de los Estados Unidos entraban y salían por las puertas de la Chouinard School...



David Alfaro Siqueiros
Autorretrato

El fresco representaba todavía... grupos de hombres con los brazos enlazados y las cabezas inclinadas, cuya composición de masas y de ritmos recuerda mucho "el accidente en la mina". Aquellos hombres obreros de un gran edificio, inclinados hacia abajo, veían, escuchaban algo interesante para ellos. Qué veían? Qué escuchaban? esto lo preguntaban a cada rato. Siqueiros reía con su risita mexicana y decía "espérense tantito" "va a venir lo mero bueno"... La señora directora era la más intrigada: "pero por favor, Mr. Siqueiros, qué es lo que tanto miran los obreros?" "Qué es lo que escuchan?" Siqueiros dijo al fin: (una mentira) "se trata de un atleta señora, de esos atletas que dan espectáculos en las calles aquí en Los Angeles". Ah!... la señora suspiró al fin y Siqueiros hizo además un sketch en tinta negra, donde se veía el atleta en el muro completo.

Pero como digo aquello fué un piadoso engaño. Siqueiros reservaba como de costumbre, en sus famosas conferencias sobre "arte", la píldora de sus convicciones revolucionarias... Que tan mal o tan bien caen a unas u otras gentes. Los dos últimos días Siqueiros pidió a la directora que clausurara por favor la puerta del patio que da acceso al gran muro, argumentando que el exceso de público le impedía trabajar a gusto. La candorosa señora cerró implacablemente la entrada al público y hasta ella misma se abstuvo de "molestar".

En tanto la Chouinard School repartía invitaciones a los más importantes intelectuales y artistas de California, para que asistieran el descubrimiento, del fresco del genio mexicano, cuyos procedimientos mecánicos, usados por primera vez en la historia del fresco, ocasionarían una verdadera revolución, entre los pintores y arquitectos norteamericanos. Con la inauguración del fresco se anunciaba además una conferencia sobre "el renacimiento mexicano y las aportaciones del block de pintores murales de California, a cargo del maestro del renacimiento mexicano, David Alfaro Siqueiros".

Esto en verdad significaba para los que lo conocemos, "llovido sobre mojado"; y llegó el famoso día y el fresco fué visto con ojos de tremendo asombro: Siqueiros en vez de un atleta callejero, puso sencillamente **Un orador comunista**; lo rodeaba una obrera americana con una niña en los brazos, un obrero negro con otro negrito en los brazos y el resto del público lo hacían los albañiles que construían el edificio. Es decir, hizo un muro de agitación y propaganda, como correspondía a un pintor de tan grande talento y tan bravas convicciones como él.

AHORA...

Ahora Siqueiros y Luis Arenal un joven pintor mexicano y desde luego, revolucionario, miembro que fué del Block de Pintores Murales, son los únicos que han quedado. La conferencia de Siqueiros ante 800 personas la noche de la inauguración fué un enloquecido barril de dinamita:—"contra el capitalismo"... "contra el imperialismo norteamericano"... "contra la cochina pintura pompie de Europa y Estados Unidos"... "a favor de la revolución técnica mecánica" y por último "llamando a los intelectuales a las filas del proletariado, etc., etc., etc.".

Por eso y por el muro revolucionario Siqueiros se ha quedado solo y no hará los miles y miles de millones que dice Diego Ribera haber hecho en los Estados Unidos.

Blanca Luz Brum

Imprenta LA TRIBUNA